

Revisado por D. Luis Melian Lopez
Buenos Aires 11/6.

911

LAS FLORES DEL MUERTO

DRAMA EN 4 ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL

DE

NICOLÁS GRANADA



MONTVIDEO

Imp. á vapor de LA NACIÓN, 25 de Mayo 146 al 150

1892

*Am. distinguido. Recibe el notable pan-
cuento, libro, y obra de D. D. Luis Melian Laf-
inur, en homenaje de admiración y simpatía*

LAS FLORES DEL MUERTO

DRAMA EN 4 ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL

DE

NICOLÁS GRANADA



81.357
B. 1611
MONTEVIDEO

Imp. á vapor de La Nación, 25 de Mayo 146 al 150

1892

PERSONAJES

ALINA BERSAC, (Nina Cassiani) (30 años).
LUIS D'ARCY, Conde de Neuville. (30 años).
CARLOS DE CAEN, Secretario de Legacion, (38 años).
DON PEDRO MORÁLES, (65 años) hermano de
DOÑA CARLOTA, (58 años) madre de
CLARA, (25 años) } hermanas.
ELENA, (18 años) }
ENRIQUE PÉREZ, (23 años) pretendiente de Elena.
JOHN, sirviente de Alina.
EMILIA
LUISA
CAROLINA }
CÁRLOS } jóvenes, amigos de Elena y Enrique.
JAIME }
FELIPE }

Un posadero.
Porteros, sirvientes, mozos de café, etc., etc.

ÉPOCA PRESENTE

Por derecha é izquierda la del actor.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en la República, ni en los países con los cuales haya celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

LAS FLORES DEL MUERTO

PRIMER ACTO

La escena representa el *foyer* de la Ópera de Buenos Aires.

Antes de alzarse el telón, se oyen dentro los últimos compases del final del tercer acto de *Gioconda*, teniendo cuidado de alzar la tela en el momento del último acorde, sintiéndose entónces dentro grandes aplausos y aclamaciones.

Por la gran puerta del foro se vé la galería de los palcos, cuyas puertas se abren para dar salida á personas de ambos sexos de la concurrencia, que, ya circulan por la galería, ya penetran en el *foyer*.

Todos los personajes vestirán de etiqueta.

Porteros y acomodadores llevarán la librea del teatro.

Varios mozos circulan con bandejas con bombones y refrescos.

En primer término y bajo la gran araña, un divan circular y varios taburetes tapizados.

PRIMERA ESCENA

DON PEDRO, DOÑA CARLOTA, ELENA, ENRIQUE, SEÑORAS Y CABALLEROS QUE PASEAN POR EL FOYER ENTRANDO Y SALIENDO Á LA ESCENA. PORTEROS, MOZOS, ETC.

Dentro — ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bis! ¡Bis! (aplausos). *Salen*

grupos de caballeros y señoras hablando todos confusamente y con demostraciones de entusiasmo.

ENRIQUE— ¡Espléndido! ¡Maravilloso! ¡Inimitable! ¿No le parece á usted señora?

CARLOTA— ¡Ah! no me hable usted... si este Rossini!...

D. PED.— ¡Mamá!

CARLOTA— Digo, este.....siempre confundo los apellidos..... además como estoy tan emocionada.

ENRIQUE— Y á fé que tiene usted razon; pero ¡qué mujer! ¡Qué arranque! ¡Qué empuje! ¡Qué brio!

D. PED.— Hombre, no parece sino que estuviera usted haciendo el elogio de una yegua.

CARLOTA— Pedro, ¡por Dios!

ELENA — Tio, discúlpelo usted; Enrique es un entusiasta de los efectos plásticos.

D. PED.— Será así, porque es verdaderamente plástico su modo de ponderar.

CARLOTA— Yo no entiendo de esas historias; pero en cuanto al arranque y esas otras cosas que ha dicho este muchacho, tiene muchísima razon. ¡Cómo dijo aquello de: “ Il mio corpo ti abbandono o terribile tenor! ”

ELENA — Cantor, mamá.

CARLOTA— ¿Pues acaso los tenores no son cantores? ¡Bah! es lo mismo. Pero aquí viene el marqués de Caen, el nuevo secretario de la legacion que acaba de llegar. ¿No te lo he presentado, Pedro?

D. PED.—Ni quiero.

CARLOTA—No seas uraño.

D. PED.—No, no es por eso, es que ya tenemos bastante con tu carísimo yerno y mi sobrino el conde.

ESCENA II

(DICHOS Y DE CAEN)

CARLOTA—Cállate. ¡Oh! monsieur de Caen, gran plaisir de vous voir!

CAEN —¡Oh madame!... Yo soy el afortunado... Señorita, caballeros.

CARLOTA—Mi hermano Pedro... el que estaba en el campo con los recién casados.

CAEN —¡Ah! ya... Muy dichoso de conocer á usted.

D. PED.—Gracias.

CARLOTA—Al señor ya usted lo conoce, ¿verdad? (*por Enrique.*)

CAEN —Sí, señora. ¿Quién no conoce á uno de los jóvenes mas elegantes del alto círculo social porteño? Conozcó al señor Perez, y aun creo poder decir que me honro con su amistad.

CARLOTA—(¡Qué fino!) (*á don Pedro.*)

D. PED.—(¡Hum!)

CAEN —¿Y cómo es que no veo aquí á los nuevos esposos? Tenia entendido que habian llegado ayer á Buenos Aires, y cuando distinguí á ustedes

en su palco, pregunté á las personas que estaban en el nuestro, si esta señorita, á quien en ese momento veía de espaldas, era su hija Clara... Clara ¿no es eso?

CARLOTA—Sí, señor... Clarita...

CAEN —Y aun pensé que el señor Perez, que estaba á su lado y cuyo rostro tampoco podia distinguir, fuera mi compatriota y su yerno de usted á quien ansio por conocer.

CARLOTA—Pues yo tambien extraño la ausencia de ese par de tórtolas. Pero como á los novios se les debe perdonar todo, y antes que todo la poca puntualidad en las horas que pasan tan presto para ellos...

CAEN —Tiene usted razon.

CARLOTA—¿Y qué nos dice usted de nuestra ópera?

ENRIQUE—Sí, sobre todo de *Gioconda*, esa sublime...

D. PED.—Deje usted que diga el señor lo que le parece.

CAEN —¡Ah! la diva... la Cassiani, como ella se llama. Si, es una antigua conocida mia... Mujer de historia.

D. PED.—¡Bah! ¡como todas!

ENRIQUE—¡Algún romance ideal!

CAEN —Así, así...

ELENA —¡Ah! cuente usted, cuente usted.

CARLOTA—¡Niña! Quien sabe si es contable el caso.

CAEN —Óh! señora, puede usted estar segura...

CARLOTA—No, decia tan sólo...

D. PED.—Y tienes razon, porque nada bueno se podrá decir, de seguro, sobre estas gentes.

ENRIQUE —Pero, en fin, podremos saber....

CAEN —Ya lo creo. En primer lugar ni es italiana, ni se llama Cassiani.

D. PED.—Sí, sí, de esa clase ya conocemos varios ejemplares.

CAEN —Su origen es francés, y por algun tiempo fué la reina de la moda y del buen tono en la capital del mundo civilizado.

D. PED.—(¡Modesto el mozo!)

DE CAEN—Hija de una familia regularmente acomodada de la Bretaña, fué á Paris, jovencita aún, llevada por una tia octogenaria que al morir le dejó su modesta fortuna y una educacion bastante completa, en la que prevalecia el cultivo de la música, para la que tenia dotes y facultades excepcionales.

Sus instintos de lujo y su ambicion de figurar la llevaban á la ruina de lo poco que poseia, cuando conoció á un jóven amigo mio, el conde de Neuville....

D. PED.—(Otro conde).

CAEN —El cual se enamoró perdidamente de esta mujer....

ENRIQUE —Comprendo perfectamente al conde.

ELENA —Si ¿eh?

CAEN —...de manera que á los pocos meses y venciendo las resistencias de su familia y desoyendo los consejos de sus amigos, se casó con ella.

ENRIQUE —¡Ah! ¡Es casada!

CAEN — Por la ley y por la iglesia.

ENRIQUE — ¡Hola! ¡hola! Pero el marido es un mito...
un ser invisible, porque cuantas veces he
ido á visitarla....

ELENA — ¡Ah! ¿Con qué esas tenemos? ¿Con qué usted
habia sido íntimo de esa señora?... ¡Ya me lo
sospechaba!

D. PED. — Este caballero está en su elemento... Nada
más natural. El ha nacido para la escena....

ENRIQUE — Del mundo, bien entendido.

D. PED. — Que es poco más ó ménos igual á la del
teatro. Vaya usted á saber cual de ellas es la
real, y cual de ellas su reflejo.

CARLOLA — Vaya, Pedro, déjate de acertijos y permite al
señor de Caen proseguir con su historia.
..... ¿De modo que el conde, su amigo de
usted, se dedicó tambien al teatro?

CAEN — No tal, señora; mi amigo el señor de Neuville,
es hoy, tal vez, uno de los hombres más des-
graciados que arrastran una existencia igno-
rada y sin esperanza por este triste mundo.

CARLOTA — ¿Como así?

CAEN — Poco tiempo despues de casado, su modesto
patrimonio siguió el curso torrencioso hácia
el abismo en donde habian caido los pocos
bienes de su derrochadora mujer. Esta, que
se habia acostumbrado á una existencias de
fiestas, triunfos y placeres, viéndose arruinada,
recurrió á medios ilícitos para mantener su

brillo que estimaba mas que su dignidad y la honra de su marido, y aconteció al fin...

D. PED.—Si, lo que acontece siempre entre los matrimonios de locas con papanatas, ó de tunantes con idiotas.

CARLOTA—¡Pedro! el señor marqués es amigo del señor...

D. PED.—Recibió el condigno castigo de su tontería...

Usted perdone, señor de Caen, pero yo soy muy franco y no me gusta andar buscando consonantes á las palabras para llanar las cosas por su nombre.

Segun parece, su amigo de usted era tambien un poquillo aficionado á la vida de espectáculo, y la bretona le hizo el gusto de prepararle un *debut* de marido á la moda, que debió llenar sus mas recónditas aspiraciones.

CAEN —Pues ahí tiene usted, señor don Pedro, que no fué así. Convencido mi amigo de la infidelidad de su mujer, de una manera evidente, de la noche á la mañana desapareció de París, de Francia, de Europa, abandonándola sin una palabra, ni de indignacion, ni de reproche.

Esta, encontrándose sola y libre, como ella dice, recordó que la naturaleza le habia puesto en la garganta una renta tan grande como la volubilidad su carácter y la frialdad de su corazon.

Se dedicó al teatro. Fué á Italia.—Se perfeccionó en el arte lírico-escénico y en e

idioma, y un buen día, encontrándome yo en Milán, durante mi estadia en la embajada de Roma; al pasar por la espléndida galería, siento una voz femenina que me llama por mi nombre; doy vuelta, y me encuentro de manos á boca nada ménos que con mi antigua amiga la condesa de Neuville, que paseaba con un caballero de bigote retorcido y amplio cuello....

ENRIQUE — ¡Un temor!

CAEN — Cabalmente.

Era ya “la signora Nina Cassiani”, la diva de la Scala, y esa noche cantaba la Elena del *Mefistófeles* de Boito.

Aplausos, flores, ¡un delirio!... Luego la perdí de vista.

Figúrense ustedes cual no seria mi asombro, al encontrarla esta noche sobre la escena de este lindo teatro, á 2.000 leguas de distancia del primer escenario del drama de su vida.

ENRIQUE — Pero ¿y él?

CAEN — Eso tengo que averiguarlo. Ella debe de saber algo, porque, segun me dijo, le seguia la pista y quería probarle que no era mujer á quien se abandonaba despreciándola; estas fueron sus palabras.

ENRIQUE — ¡Hola!

ELENA — Es muy curiosa y muy interesante esa historia,

y ahora que la conozco siento que esta sea la última función de esta compañía, pues mañana debe partir para el Brasil, y quien sabe donde tiene desenlace el drama de que es protagonista esa mujer (*á doña Carlota*).—Mamá, yo tenía que visitar á Emilia en su palco; ya sabes que habíamos convenido encontrarnos esta noche aquí para concertar nuestro paseo de mañana.

CARLOTA —Al que invitaremos al señor de Caen, si como supongo, él también es amante de las giras campestres.

CAEN —¡Señora! . . .

ELENA —¡Ah! ¿viene usted? . . . ¡Qué gusto! Prevengo á usted que la gente soltera va á caballo. Usted será un buen jinete . . . En cuanto á los que han encadenado su existencia, como dice Enrique, esos formarán el prosáico convoy de los personajes graves que gozan indefectiblemente de la ventaja y del privilegio de caminar con ruedas.

D. PED. —Yo voy á caballo.

ELENA —¡Pero si usted, querido tío, es un joven con canas!

ESCENA III

DÍCHOS, LUIS Y CLARA

*Luis y Clara entran del brazo, tapados con las pelli-
zas que un sirviente se apresura á tomar de sus espaldas.*

*Al llegar, doña Carlota se precipita al encuentro de su
hija abrazándola y besándola con extremo. Elena tambien
hace grupo con su madre y hermana, acariciando á esta
última, de modo que el conjunto de los tres cubre á Luis de
la vista del grupo formado por Don Pedro, de Caen y En-
rique.*

CARLOTA — ¡Hija mia! Ya creía que se habian arrepen-
tido de la promesa que nos habian hecho de
acompañarnos esta noche al teatro y... pero;
¡qué hermosa estás!...

CLARA — ¡Mamá!

CARLOTA *(al sirviente)* — No, no, traiga usted el tapado
que viene agitada... Dime ¿te has peinado
tu sola?... ¡Si estás espléndida!... Cúbrete,
cúbrete...

CLARA — No mamá, si aqui hace calor... *(devuelve el ta-
pado al sirviente).*

CARLOTA — ¡Qué lástima que no hayas venido antes!...
¡Ah! pero ven para acá tú, *(á Luis)* ¿Qué te
quedas haciendo ahí, ladron de hijas boni-
tas?... Los tengo que presentar... vengan,
vengan... Pedro, dá paso al señor de....

de... Mi hija la recién casada... mi hija Clarita, la casi compatriota de usted.... El señor Secretario de la Legación. Luis, Luis.... un compatriota tuyo.... mi yerno... mejor dicho, mi hijo.

CAEN —Señora... (*inclinándose ante Clara y Luis al levantar la vista reconoce á este último.*)

Caballe..... ¡¡Tú!!!

LUIS —¡¡Tú!!

(*Los actores deben posesionarse de la situación de ambos personajes, y hacer aquí el juego escénico que les dicte su práctica y su talento artístico.*)

CAEN —¡Pero ven, ven á mis brazos!

LUIS —¡Qué sorpresa!

CLARA —¡Cómo! ¡se conocían ustedes!

D. PED. —¡Vaya un encuentro dramático!

ELENA —¡Qué impresion les ha causado á ustedes este encuentro, sobre todo á Luis!

ENRIQUE —Cómo que la habrán corrido juntos por aquellos mundos, ¿eh?

CAEN —Si.... en efecto....

CLARA —Luis, tus guantes. (*recogiéndolos del suelo.*)

D. PED. —(Aquí hay gato.)

CAEN (*á Luis*)—(Tengo que hablarte imperiosamente, en este momento.)

LUIS —(Ya)....

CAEN (*á doña Carlota*)—Señora, la Francia debe estar orgullosa de las conquistas que sus hijos

hacen en la jóven América, siguiendo la noble tradicion de su vieja y clásica y galanteria.

Mi amigo y compatriota, ha logrado un triunfo que debe sernos grato á los que pretendemos conservar para nuestro país el prestigio de lo bello y de lo distinguido.

CARLOTA — Señor de Caen...

CLARA — Señor...

LUIS — (¡Qué agonía!)

D. PED. — Será todo lo que usted quiera, pero el caso es que el amigo y compatriota de todo tiene aire en este momento, menos de conquistador.

CAEN — La sorpresa...

LUIS — Si, en verdad... que no esperaba...

CAEN — Luego, la felicidad cuando es de la clase de la que debe experimentar mi amigo Luis, afina en el ser humano el sentimiento de la impresionabilidad, que es un amalgama de causas fisológicas y psicológicas. El espíritu se hace mas sensible y el cuerpo mas nervioso..... ¿No es así? (á Luis.)

LUIS — Así es...

CARLOTA — Pues yo debo de ser muy feliz, porque tengo unos nervios.....

CAEN — ¡Y quien lo duda, señora!

ENRIQUE — ¡Ah! pues yo tambien; mire usted, cuando se reconocieron ustedes, me saltaba el corazón que parecia que queria salirse por la boca...

D. PED. — Es que tiene usted corazon de bailarín.

CARLOTA — ¡Pedro!

CLARA — (¿Qué tienes Luis?)

LUIS — (Yo... nada... nada...)

CLARA — (No, tú estás mal; desde que bajamos del carruaje te noté una cosa tan rara... tú, tan alegre todo el día, has cambiado de improviso;... y luego, la presencia de tu amigo parece que te hubiera traído á la mente algo de desagradable, de siniestro...)

LUIS — (No, querida.... te juro que no tengo nada.... Mira, acompaña á tu mamá al palco.... Yo me quedo á fumar un cigarrillo y á hablar dos palabras con de Caen.... Me traerá nuevas de mi familia, de la Francia.....) (*á doña Carlota.*) Señora...

CARLOTA — Ya te he dicho que no quiero que me llames así. Dime mamá, ó mejor aún, Carlota..... Estos mocitos, parece que está empeñados en alzar muros de ridículo respeto y ceremonia entre sus personitas mimadas y nuestro cariño.

LUIS — Es cuestion de tiempo... Ya me habituaré...

CARLOTA — No, pues es necesario habituarte desde el momento.

LUIS — Pues bien: mamá, házme el gusto de conducir á Clara hasta el palco; yo voy en seguida.

ELENA — Pero si yo tengo que hablar con Emilia.

ENRIQUE — Yo acompañaré á usted, señorita.

CARLOTA —No, no, ahí está Pedro; ó mejor aún, vamos hasta el palco de Emilia y luego, cuando empiece el cuarto acto, que no tardará, de regreso para el nuestro, pasamos por acá y nos llevamos á nuestros parisienses.

ELENA —Eso es.

CLARA (á Luis)—(No sé que hay en tí que me causa una angustia indefinible. Hubiera preferido quedarme contigo en casa. Este teatro... Esos rumores... No sé... hay en esta atmósfera algo de siniestro que me oprime el corazón... Vámonos, Luis)...

LUIS —(Niña, no seas tonta... Si yo no tengo nada; estoy tranquilo... Naturalmente que la presencia... la... (*Jhon pasa por el fondo dirigiéndose á una puerta lateral*) la presencia... de... decía que la presencia de... (*llamando*) ¡Mozo!

MOZO —Señor! ¿Quería usted servirse de alguna cosa?

LUIS —No... dígame usted... Ese sirviente que acaba de pasar por aquí ¿pertenece al teatro?

MOZO —¿Cuál, señor?

LUIS —Uno que acaba de atravesar el *foyer* y se ha ido por esa puerta.

MOZO —No he reparado.

LUIS —Está bien... Decía...

CLARA —(¿Qué tendrá!)

CAEN —(*que habrá reparado en la inquietud de Luis*)--
(Luis, cálmate).

D. PED. — (¡Aquí hay gato!)

LUIS (á Clara) — Vaya, vamos, acompaña á mamá...
 Enrique, ¿quiere usted dar el brazo á mi se-
 ñora?

ENRIQUE — ¡Oh!

ELENA — No se lo dés, pues es el que ofrece á las
 primas-donnas.

D. PED. — Si, es un brazo lírico.

ENRIQUE — Es un brazo cívico, querrá usted decir, don
 Pedro.

D. PED. — Vaya, vaya, déjese usted de pamplinas y
 dése usted la suprema satisfaccion de acom-
 pañar á la mas soberbia dama que adorna
 esta noche este teatro pecador.

CARLOTA — ¡Bravo, hermano! Así te quiero ver.

D. PED. — Andando.

CLARA — Volvemos pronto.

CARLOTA — Au revoir.

CAEN — Adios, señoras... caballeros (*saludando*)

CLARA (á Luis) — (Tú me ocultas algo, pero lo sabré).

LUIS — (¡Tonta!) Adios.

D. PED. — (A mi no me la pegan).

(*Vanse por el foro, derecha*).

ESCENA IV

LUIS Y DE CAEN

CAEN — ¡Neuville!...

LUIS — ¡Calla, por Dios! ¡No pronuncies ese nombre!

CAEN — ¿Qué es esto? Explicame... Pero ante todo, es necesario que te prevenga de un gran peligro: Alina, tu mujer, tu primér mujer... la de Francia... ¡esta aquí!

LUIS — ¡Cielos! ¿dónde?

CAEN — Aquí, aquí mismo, en este teatro. Allí, detrás de esa tela.

LUIS — ¡Ella! ¡La Cassiani!... ¡Ah! ahora lo comprendo todo!... Hace un instante un rayo intuitivo ha pasado por mi mente y he visto todo lo que tú en este momento me revelas... Pero una sospecha es una vision que pasa por la cámara oscura de nuestro pensamiento como la imágen fantástica de un sueño, en tanto que la realidad, el hecho verdadero, es algo de brutal que subyuga y anonada, todo cuanto el alma agita en la mente y hace palpar en el corazon.

CAEN — Pero ¿cómo ha sido?

LUIS — ¡Oh! es largo de contar, y sin embargo, fácil de comprender... Sabe tan sólo que mi cul-

pa, si es que verdaderamente existe, tiene mil motivos y circunstancias atenuantes que si no justifican mi conducta, la hacen por lo ménos menos odiosa.

CAEN — ¡Oh! sí, lo creo, ¡pobre amigo mío!

LUIS — Me he forjado la ilusion de creerme desligado por la distancia, y mas aún por la profunda sima cavada voluntariamente entre nosotros por la falta de esa mujer, de todo vínculo que me ligára á su existencia. Habia abandonado allá, junto con la cadena de un consorcio ya imposible, mi nombre mancillado, como un forzado escapado del baño, deja junto á los hierros que ha logrado quebrantar, la librea del crimen y de la vergüenza.

Llegado aquí, me creí resucitado á una nueva vida, y al fuego de mi juventud, á la actividad de mi espíritu, á la ánsia de ser feliz, rendí mis preocupaciones y acallé mis recelos. Creí que mi existencia violentamente herida no debia truncarse para siempre, atrofiada bajo el rigor de leyes sociales, mas prudentes que humanas. Habia sido imprudente en Europa por pasion; en América fuí débil por amor.

Ya te contaré todo, todo...

CAEN — Si, pero por ahora, es necesario evitar á toda costa el escándalo.— Toma á tu mujer y vete.

- LUIS —Sería peor... ¿Cómo disculpar un acto de esa naturaleza?
- CAEN —Pero esa mujer si te vé y te reconoce, te perderá... Ella lo ha dicho.
- LUIS —Todo es inútil... —Ya sabe que estoy aquí.
- CAEN —¡Cómo!
- LUIS —¿Recuerdas á Jhon, aquel sirviente inglés que le era tan adicto, y que yo despedí por su falta de templanza?
- CAEN —Sí, sí... aquel de las patillas, tan grave y tan... Hombre, tienes razon; en Milan, entrando un día al gran establecimiento de Bocconi, lo encontré con ella, cargado de unas compras que acababa de hacer y que conducía al carruaje.
- LUIS —Pues bien, ese está aquí. Al bajar yo del coche, me pareció reconocerlo en un individuo cubierto por un capote que observaba á la concurrencia que llegaba, recostado á la puerta de entrada, y luego no me ha quedado duda de su identidad, pues hace poco, cuando formábamos grupos con las señoras, ha atravesado el *foyer* yéndose por aquella puerta. Al pasar, noté que me miraba como ratificando en su interior la certeza de un hecho. Ese es su perro de caza...
- CAEN —¡Ah! No hay duda... ¿Qué hacer?
- LUIS —(*sombrío*) ¡Yo sé lo que debo hacer en todo caso!
- CAEN —¡Luis! ¿Qué piensas?... —Déjame hablar á esa mujer.

LUIS — No, te lo prohibo. No quiero que sobre el abismo que ha abierto su cinismo y mi voluntad entre los dos, el miedo arroje un puente de ignominia.

(Suena la campanilla eléctrica llamando á la concurrencia á la sala).

CAEN — Empieza el cuarto acto... No entres... Pretesta una enfermedad accidental... véte...

LUIS — ¿Yo huir, y huir sembrando la desconfianza ó por lo ménos la extrañeza en el corazon de la mujer que adoro... en estos momentos?... ¡Jamás! Ademàs, yo conozco á esa mujer... ¿Quien sabe si un acto de entereza de mi parte no la domina?

CAEN — No te alucines... Alina es hoy la mundana mas intrépida y desvergonzada que conozco. Hace tiempo que anda buscando este momento, para, segun ella, eclipsar por medio de un escándalo mayúsculo, los *reclames* infantiles, como ella los llama, de cierta gran actriz á la moda que quiere superar en escenticidades.

LUIS — Razon de mas para no huirle.

CAEN — No, no es huirle, es evitarla.

LUIS — No insistas, es imposible...

(Un sirviente del teatro con un sobre).

CAEN — ¿Qué? ¿qué hay?

SIRV. — ¿Tendrian ustedes la bondad, señores, de decirme si conocen y han visto entre la concurrencia del teatro, á un señor francés para

quien va dirigida esta carta? (*coje Luis la carta*).

LOS DOS —¿A ver?...

LUIS —No, no es para tí... Soy yo. Está bien. (*Saca una moneda y se la dá al sirviente, el cual sonríe y dice, saludando y retirándose*).

SIRV. —Mil felicitaciones, señor.

LUIS —Gracias.

CAEN —No abras esa carta.

LUIS —¿Y per qué no? Ya està (*lee*).

“ Nina Cassiani, prima donna assoluta, presenta i suoi rispetti ed offre la sua modesta abitazione nel Grand Hotel, ed il suo camerino in teatro, al suo amico... amico il signor Conte de Neuville. ”

Hé aquí el guante arrojado y que recojo, porque al fin empezará el combate cuyo fin ya presiento. (*Tira la tarjeta sobre el divan.*)

CAEN —¡Luis, Luis;... por Dios! sé prudente... Dè jame á mí...

(*Suena de nuevo la campanilla*).

CAEN —Ya empieza el acto... Sigue mi consejo.

LUIS ---Imposible.

CAEN —¿Pero desgraciado, no ves que estás perdido? Y si no fueras mas que tú, pero mira...

Aparece Clara en la puerta del foro, seguida por el grupo de los demás personajes de la escena anterior.

ESCENA V

DICHOS, CLARA, DOÑA CARLOTA, ELENA, DON PEDRO Y ENRIQUE

LUIS — ¡Ah! tienes razon...

ENRIQUE — Señores, señores, se alza el telon y principia el acto mas dramático y mas bello... (*á Luis*)
¡Usted verá que Gioconda!

LUIS — Sí, ¿eh?

CARLOTA — Vamos, vamos... ¡Ah! bien dicen que cuando dos franceses se toman á hablar, no concluyen sino por muerte violenta de uno de ellos.

CAEN — A propósito... Luis no se encontraba bien...

CLARA (*con sobresalto á Luis*) — ¿Sí? ¿qué tienes?
¿quieres que nos vayámos á casa?

LUIS — No, hija, no; si son cosas de de Caen...

D. PED. — Yo me siento á escuchar la *post-data*. Entraremos á la sala cuando Gioconda se suicida á sí misma, como dice Enrique (*toma maquinalmente la tarjeta que ha arrojado Luis sobre el divan*).

LUIS — No, no, si vamos ya.

CARLOTA — Sí, hombre; si no hay como la música para curar los nervios. Andando.

(*Se oye dentro el preludio del cuarto acto, la gente se precipita á los palcos: rumores y confusion dentro*).

D. PED. (*leyendo la tarjeta*) — ¡Diablo! ¿Qué es esto?)

CAEN (*aparte á Luis*)—Aplaza por lo ménos el primer encuentro.

LUIS (*aparte á Caen*)—No puede ser. Estoy decidido.

D. PED.—(¿No dije yo que aquí habia *intringulis*?)

ENRIQUE (*impaciente*)—Señores, señores, es una lástima perder un compás.

D. PED.—Sí, no perdamos el compás. (Yo descubro el pastel) ¡Vamos!

TODOS —¡Vamos! (*Se dirijen todos á la puerta del foro. De Caen toma de un brazo á Luis y deteniéndole le dice:*)

CAEN —Pero dime desgraciado: ¿Con qué armas cuentas para luchar?

LUIS —Con el amor que siento por Clara, con mi voluntad, y con la justicia del Cielo!

(*Telón*).

ACTO SEGUNDO

La escena representa el jardín de un restaurant campestre. A la derecha del espectador y en primer término un chalet con escalinata y balcon practicables. Al fondo, bosque, un cenador, grupos de árboles, mesas y sillas rústicas ó de fierro.

ESCENA I

ALINA, JHON Y EL POSADERO

(*Mozos que llevan bandejas con botellas, copas, etc., otros que limpian las mesas*).

ALINA (*á Jhon*)—¿Estás seguro?

JHON —Si, señora.

ALINA (*al posadero*)—¿Dice usted que tiene una buena habitacion con vista á este jardín y de donde se divisa el camino de la ciudad?

POSAD. —Si, señora. Precisamente esa de ahí, un magnífico salon, alcoba...

ALINA —Me basta el salon.

POSAD. —Como la señora desee.... ¿Debo preparar algo?

ALINA —Si, una mesa con dos cubiertos y un almuerzo sencillo pero delicado.

POSAD. — Comprendo. La señora será servida como una reina. Cabalmente, hemos preparado hoy algunos platos *extras*, con motivo de un almuerzo campestre que debe tener lugar en el kiosko del fondo, allá, bajo los grandes árboles.

ALINA — Alguna boda campesina ¿eh?

POSAD. — Algo de boda, si... en cuanto à campesina, si la señora se refiere á que tiene lugar la boda en el campo, tambien; aunque puedo asegurarle, que por la calidad de las personas que en ella toman parte, es de lo mas *com' il faut* que se puede desear. Por otra parte, nuestra casa no acepta sino personas distinguidas como la señora.

ALINA — Gracias, gracias; se ve que es usted hombre que lo entiende.

POSAD. — Hacemos lo posible, señora.

ALINA — Perfectamente. De modo que tenemos fiesta.... ¿Y á qué hora?

POSAD. — ¡Oh! no deben tardar mucho... Los señores de Morales tienen su quinta en los alrededores, pero en invierno la dejan al cuidado de un jardinero, y cuando hay un lindo día como este, le hacen una visita, almorzando ó comiendo regularmente en mi casa. — Ahora, como la señorita mayor se ha casado y acaban de llegar los novios de la estancia, parece que hoy quieren festejar su llegada y

han organizado este paseo. Tal vez á esta hora recorren los jardines de su casa que tambien se divisa desde la nuestra.

ALINA — ¡Ah!... ¿se divisa desde aquí?... y.... ¿es bella la novia?... ¿jóven?... rica, por supuesto....

POSAD. — Completa, señora, completa. — Ah! el francés que se ha casado con ella ha hecho carambola y palos. En cuanto á su persona, tal vez la señora podrá juzgar antes de breves instantes.... Educacion de princesa: fortuna... ¡Oh! esa si que no la conmoverá la crisis... y en cuanto á carácter, un ángel.

ALINA — Parece usted entusiasta por la señorita.... ¿cómo se llama?

POSAD. — Clara, señora; hasta el nombre parece que fuera cosa así, de luz.

ALINA — Efectivamente.... Aunque, segun el refran, no hay luz sin sombras.

POSAD. — No, pues en cuanto á esta... ¿La señora es extranjera?

ALINA (*riendo*) Si... en todas partes.

POSAD. — ¡Oh! pues por eso... Aquí es la providencia de los pobres, esa señorita, y mas de uno sentirá que su nuevo estado la conduzca lejos...

ALINA — ¡Oh! la conducirá muy lejos, seguramente.

POSAD. — ¡Cómo! ¿La señora sabe?...

ALINA — No, hombre, no... Hablo en sentido figurado y me refiero á que el matrimonio conduce

á las mujeres á países fantásticos ó reales, jamás soñados en la ignorancia de su existencia virginal.

POSAD. —Así será... ¿De modo que la señora desea ser servida ya?...

ALINA —No, dentro de un momento; está tan lindo esto que quisiera permanecer mas largo tiempo aquí.

POSAD. —Si la señora desea, se la puede servir en el jardín, aquí mismo.

ALINA —No, no... Prepare usted arriba... pero traiga usted algun amargo... algun aperitivo...

POSAD. —¿Para la señora sola? (*mirando á Jhon*).

ALINA —No, traiga usted para el señor tambien.

POSAD. —Está bien... (*Vase*).

ESCENA II

ALINA Y JHON

ALINA —Siéntate, Jhon.

JHON —Señora...

ALINA —Siéntate... Ya sabes que en la intimidad puedes permitirte esta familiaridad.

Por otra parte, hace mucho tiempo que yo no te considero mas como mi criado. Desde el dia en que la fatalidad ó el destino me condujo á pedir al arte los medios de vivir

que me arrebatava la huida de mi señor marido, tú fuiste el único ser leal que vino á compartir conmigo mi existencia azarosa y vagabunda.

JHON — Señora, yo tenía una deuda sagrada con usted. Cuando el señor de Neuville me arrojó de su casa ignominiosamente, porque, según él, alguna vez me había hecho daño el vino... la señora siguió socorriéndome clandestinamente... Aunque creo que la señora no podrá quejarse de que alguna vez me encontrara poco solícito ó indiscreto...

ALINA — Sí, sí... tienes razón, mi buen Jhon, y es por eso que quiero demostrarte cuanto te estimo..... Pero, dejando estas cosas ¿qué dices tú de nuestra aventuras... y digo nuestra, porque tú tienes en ella una parte muy principal. Nadie diría sino que has sido *policeman* en tu país.

JHON — Cási, cási, señora.

ALINA — Tus indagaciones, tanto en Marsella como aquí, han sido seguras, matemáticas. — Solamente que hemos estado á punto de partir sin poder yo establecer directamente y no por medio de misivas, que siempre son comprometedoras, mi línea de ataque frente á frente al enemigo.

JHON — Efectivamente: mañana debemos partir con la compañía.

- ALINA — Si, para ese Rio de Janeiro que aunque nos lo pintan como una escena de Sormani de aquellas que estrenamos en Roma en la *Africana*, no le tengo gran simpatía, sobre todo en estos momentos.
- JHON — Dicen que se gana mucha plata.
- ALINA — Pero se expone el pellejo, querido Jhon. . . . Además, tú que eres algo jugador, debes saber que no es en los juegos largos y carteados donde se encuentra la fortuna. Un golpe seco, como dice Mancinelli, nuestro director de orquesta, vale un éxito.
- JHON — ¿Y quién dice que no se podrá dar ese golpe seco, aun estando allá?
- ALINA — A eso vamos, Jhon, á eso vamos. Desde luego, yo tengo el gran resorte bajo mi dedo; no tengo mas que apretar y . . .
- JHON — (*riendo*) Ah! . . . ah! . . . ah! . . . ¡muy divertido!
- ALINA — ¿Verdad? ¡Cómo se pondría cuando te vió!
- JHON — Como ésto, señora (*señalando el mármol de la mesa*).
- ALINA — Siempre fué un pusilánime . . . un tío temblores . . . Si no sé como se ha atrevido á dar el paso que ha dado.
- JHON — Cabalmente, por eso.
- ALINA — Jamás le amé . . . Yo, una mujer apasionada, intrépida, ardorosa, amante de la vida que se mide por la intensidad y la duracion de

las emociones; para quien la tierra es un panorama y la existencia un caleidoscopio; yo, que ayer vivia por el vaho de la atmósfera brillante y cálida que forma el lujo y la adulacion en las grandes capitales, y que hoy moriria si me faltára noche á noche el ácre olor de la escena, la *toilette* falsa pero pintoresca del camarín, el murmullo de la concurrencia que se impacienta, el caos inarmónico de los instrumentos que se acordan, la campana vibrante que dá el alerta á público y artistas, la voz imposible del avisador; y luego, ese gran aire que entra al levantarse el telon, el collar de fuego de la bateria que alza su límite de llamas entre lo verdadero y lo ideal, esa áscua de luz, de dorados, de sedas, de brillantes, de ojos luminosos, abanicos, hombros desnudos, pecheras blancas, que forman la masa viviente de ese mónstruo que se llama público; y luego gritar, llorar ó arrullar mis propias pasiones en las melodias de los grandes maestros; imprecicar mis penas, rugir mis celos, murmurar mis delirios, allí, delante de todo el mundo, como nadie puede hacerlo, con la soberanía y los privilegios del arte; y sentir luego ese trueno de gloria que se llama aplauso y que baja desde el Olimpo de la opinion con mil rayos de entusiasmo, sobre mi cabeza que se inclina para recibir

una lluvia de flores... ¡oh! ¡Jhon!... dime: ¿donde hay nada más grande ni más bello?

Cuando experimento todo esto, te juro que me siento buena y redimida; pero luego me entrego á mi misma, y un demonio que desde niña siento en mi espíritu, empieza á jugar con mi corazon y á imprimirle baivenes escéntricos en los que palpitan mis ódios y mis rencores.

Ese hombre debió comprenderme y no buscarme; pero despues que me buscó y me pidió mi amor, ha debido ser mi esclavo y contentarse con vivir dentro de la irradiacion de mi belleza y de mi génio.

¿Qué culpa tengo yo, si al darle un jiron de mi cariño, ese se ha trasformado para él en la túnica de Neso?

Si yo era toda fuego, toda luz ¿porqué voló hácia mí?

Y luego ¿quién era él para despreciarme?

JHON — Señora...

ALINA — Sí, sé lo que vas á decir... pero aun así y todo... Debió matarme primero. ¡Tal vez lo habria adorado muriendo!

Por esa razon quiero humillarle; quiero que venga á mis piés como un reo á pedirme perdon... Tal vez deberia dejarlo en su felicidad aldeana, criando hijos y carneros, y esa sería mi venganza... Pero sería en vano;

tengo que cumplir mi programa. Si no lo hiciera así, mañana volvería.

JHON —Y además, hay una cuestion legal de por medio. ¿La señora es casada, soltera ó viuda? Es necesario, segun decia el abogado de la señora, dilucidar este punto.

Si el matrimonio es una razon social, como decia el doctor, es necesario saber cómo y por qué se disuelve, y en qué posicion quedan los ex-sócios.

Además...

ALINA —Bueno, basta (*Jhon se levanta*).

Siéntate..... No quiero agitar mas mis nervios hoy. Necesito de toda mi tranquilidad de espíritu para llevar á cabo mi proyecto.

Por lo pronto, quiero conocer *de visu* á los personajes que no me son familiares en este drama.

Luego prepararé mi escena... Já.... já... já... tú verás, tú verás, querido Jhon como nos divertimos... ¡Ea!... Te aseguro que este aire y algo de expansion que he dado á mi espíritu con lo que te acabo de decir, ayudado tal vez por el vino amargo que acabamos de beber, me han abierto un apetito que hacia tiempo no sentia. Haremos honor á los *extras* de los señores... ¿de los señores, ¿cómo?

JHON (*Mirando su libro de apuntes*)—Morales.

ALINA — Morales, eso es. . . . Llámala.

JHON — (*Bate las palmas*).

ALINA — ¿Que hora es?

JHON — Medio día

ESCENA III

DICHOS Y EL POSADERO

POSAD. — ¿Llamaba la Señora?

ALINA — Sí ¿estamos prontos?

POSAD. — Cuando guste la Señora.

ALINA — ¡Bravo!

POSAD. (*indicando la escalinata del Chalet*) — Por aquí. . . . por aquí. . . . cabalmente me acaba de avisar uno de mis mozos que la cabalgata de los señores Morales acababa de llegar á la quinta.

ALINA (*Mirando intencionalmente á Jhon*) Si ¿eh? De manera que no tardarán mucho en estar aquí.

POSAD. — No señora. Es la hora, mas ó menos, que me habian fijado para que tuviera listo el servicio.

ALINA — No hay para que prevenir á usted que desearía perfecta tranquilidad, hasta el punto de que ni se sospechase mi presencia en esa habitación.

POSAD. —¡Oh señora! puede usted estar tranquila. (*mirando á Jhon con extrañeza*) La primera calidad de un buen posadero es la discrecion (*mira á Jhon de nuevo y se encoje de hombros*).

ALINA —Mándeme usted un mozo especial para mi servicio.

POSAD. —Así lo haré, señora. . . . Pase usted. . . . pase usted. . . . (*pasa detrás de Alina, adelantándose á Jhon. Este con mucha flemá lo toma por el hombro y pasa adelante*).

(*Vánse, izquierda*).

ESCENA IV

EL POSADERO VOLVIENDO EN SEGUIDA

POSAD. —¡Animal! ¡Traza de cochero! ¡Estas mujeres tienen unos gustos! ¿Quién diría que ese perro dogo?

¡Y decir que eso puede ser un lord inglés ó un fabricante de betún enriquecido!

(*Rumor dentro, derecha*).

Ahí tenemos la gente. . . (*voces de mujeres y hombres que conversan bulliciosamente y rien*).

ENRIQUE (*dentro, derecha*)—¡Ah de casa! ¡Ohé! ¡Francisco! ¡Francisco!

POSAD. (*acomodando las sillas, etc*)—¡Voy! ¡Voy

ENRIQUE *(dentro)*—Una silla para bajar á la señorita Elena del caballo.

ELENA *(dentro)*—No, Francisco, no le haga usted caso, no traiga nada, yo bajo sola. Venga usted en todo caso á tenerle la rienda del suyo, porque tiene miedo.

TODOS *(dentro)*—Já... já... já... já...

POSAD. —¡Voy! ¡voy!.. ¡Juan! ¡José! ¡muchachos! ¡vengan! ¡Los señores han llegado!

(Detrás de las cortinillas del balcon se vé un momento el rostro de Alina).

POSAD. —¡Corran, corran á conducir los caballos á la cuadra! ¡Ayuden á desenganchar el coche!...

(Salen todos por la derecha por donde entran en seguida los personajes de la siguiente escena)

ESCENA V

CLARA, DOÑA CARLOTA, DON PEDRO Y EL POSADERO

(Las dos primeras en traje de paseo; D. Pedro en traje de montar).

CARLOTA *(al Posadero)*—Muy bien pensado... estoy harta de comer entre cuatro paredes; pero habrá que esperar un poco, porque mi yerno, el conde... ¿usted sabe, pues?... con el marqués de la legacion... dos compatriotas de Paris ¿comprende usted? fueron á ver el pequeño chalet

de los de Peña que se vende y que quisiera comprar este último, de modo que será cuestion de una media hora á lo sumo... van á caballo, y de un galope...

(á Clara)—Vamos, ya estás triste porque tu señor esposo no quiso venir con nosotros en el carruaje.

CLARA —No mamá, no es por eso... ni se puede decir tampoco que esté triste. Naturalmente que al recorrer despues de casada estos sitios que me recuerdan tantas cosas de la niñez, mi imaginacion dá un salto atrás, y mil cosas ya infantiles, ya sérias, ocupan alternativamente mi pensamiento.

D. PED.—Si en el coche hubiera estado hoy tu señor esposo tan comunicativo y espiritual como en la cabalgata, ¡ya estaban ustedes lucidas!

CLARA (inquieta)—¿Cómo! ¿No se encontraba bien?

D. PED.—¿Qué se yo! Parece que *Gioconda* le ha sentado mal.

CARLOTA —¡Bah! aprensiones tuyas, hermano. Luis siempre ha sido de pocas palabras.

D. PED.—Si, pero de muchos hechos.

CLARA —¿Qué quiere usted decir, tío?

D. PED.—Nada, hija mia... Que yo tambien me vuelvo pensativo y hasta melancólico, cuando en estos sitios en donde tantas veces te vimos jugar de chiquilla tu padre y yo, te contemplo unida á un hombre que...

CLARA — ¡Tío!...

CARLOTA — ¡Pedro!

CLARA — Es usted cruel conmigo é injusto con Luis. Ni yo ni él merecemos...

CARLOTA — ¡Bah! deja á ese erizo, mata-fiestas... ¡Pues es bonita ocasion!...

D. PED. — Bueno, bueno... "Mea culpa". Hagan ustedes de cuenta que no he dicho nada...

Sin embargo, y á pesar de mis malicias, solo sé una cosa, y es que á saber sentir y recordar, ninguno me gana... Hoy mismo y en medio de esta fiesta, apuesto á que han olvidado...

CLARA — No yo, tío...

CARLOTA — ¿Qué cosa?

D. PED. — ¡Bah! ¡Si tu con tus hidalgos tienes la cabeza no se donde!... que te lo diga tu hija.

CLARA — Hoy estamos á 15 de Agosto, mamá.

CARLOTA — ¿Y bien?

CLARA — Era un dia que papá festejaba.

CARLOTA — No recuerdo...

CLARA — El aniversario de su graduacion en leyes.

CARLOTA — ¡Ah! Es cierto... ¿Pero quien va á tener presente todas esas anticuallas? Luego, el pobre difunto tenia la manía de los aniversarios.

D. PED. — Era un hombre de gran corazon, Carlota, y ojalá estas pobres niñas lo hubieran tenido á su lado en el momento solemne en que la vírgen abandona el templo para entrar mujer en el hogar.

CARLOTA —¿Qué quieres decir? ¿Acaso yo no he sido una buena madre?

D. PED. —Bah, bah... tu eres una buena mujer, pero te falta un poco de aquí. (*tocándose la frente*). ¡Eh! ¡Chiquilla! (*á Clara*) ¡Dejemos esas compunciones!...

CARLOTA —Si tu... (*risas dentro*)

D. PED. —Oye, oye como se divierten los muchachos.
(*Salen Enrique, Elena etc. etc., bulliciosamente por la derecha*).

ESCENA VI

DICHOS Y ENRIQUE, ELENA, CARLOS, JAIME, FELIPE, CAROLINA,
LUISA, EMILIA, ETC.

(*Todos en traje de montar*).

TODOS —Já já já... ¡qué gracioso! ¡qué espléndido!
¡qué bueno!

CARLOTA y D. PEDRO —¿Qué? ¿Qué ha sido?

ELENA —Nada mamá, cosas de Enrique. Figúrate que tantas piruetas quiso hacer en el caballo para demostrar su destreza en la equitación, que al apearse se vino al suelo con silla y todo.

TODOS —Já já já...

CARLOTA (*con interés á Enrique*) —¡Cómo! ¿Se ha hecho usted mal?

LUISA (*trónicamente*)—No, señora, si ha caído sobre el blando césped.

ENRIQUE—Las cinchas estaban flojas... y...

D. PED.—Amigo, lo que usted tiene flojo son los tornillos de la cholla. El día menos pensado se le caen á usted los sesos ó lo que tenga dentro.

ENRIQUE—¡Qué diablos! esto le sucede á cualquiera.

ELENA —Si, pero es que á usted le suceden estas cosas mas que á cualquiera.

ENRIQUE—(Porque usted me vuelve tonto con su indiferencia).

ELENA —(Pues hijo, trate de evitar que el mal se haga crónico, porque va á vivir usted á accidente por minuto).

EMILIA —¡Qué hermoso es esto! (*á Elena*) Tenias razon en insistir en que el almuerzo debia ser aquí.

CÁRLOS —¡Oh! la señorita Elena es una directora de escena, eximia.

ELENA —A propósito de escena ¡qué lástima que nos quedemos tan pronto sin ópera! La *Gioconda* de anoche nos deja, como se dice, con la miel en los lábios.

¡Que mujer sublime la Cassiani!... ¿Verdad Enrique?

ENRIQUE (*limpiándose el pantalon*)—Mucho... Mucho....

ELENA —¡Cómo! ¿El golpe le ha quitado á usted el entusiasmo por la diva?

JAIME —No señorita, es otra la causa.

ENRIQUE — Vaya, déjate de tonterías. ¿Que sabes tú?...

JAIME — ¡Vaya si sé!

TODOS — ¡Que cuente! ¡Que cuente!

JAIME — Si Enrique me lo permite...

ENRIQUE — No te permito que digas falsedades ó tonterías.

JAIME — Pero ¿como sabes?...

TODOS — Si, eso es: como sabe...

ENRIQUE — Me... me... me lo figuro y basta.

JAIME — Pues ahí tienen ustedes que ni son falsedades, ni tonterías las que voy á contar, sino que, por el contrario, son cosas tan ciertas como las del evangelio. Anoche...

ENRIQUE (*impetuosamente*) — Que te calles te digo.

JAIME — Ahora es tarde, querido. Deberías haberme suplicado que me callase; en cambio has querido hacer el soberbio y....

ENRIQUE — ¡Vete al diablo!

(*D.^a Carlota, Clara y D. Pedro, forman grupo aparte, conversando entre sí, sin dejar por esto este último de prestar atencion á la conversacion de los jóvenes, demostrando marcado interés cuando se refiere á la Cassiani*).

JAIME — Anoche, la Cassiani nos habia invitado á tomar el té en su casa, como despedida á los que, adoradores del arte, le hemos manifestado mas íntimamente nuestro entusiasmo por su talento.

Este, (*por Carlos*) le habia mandado aquel

ramo formado de helechos y orquideas que encontraron ustedes tan distinguido. Yo, un cofrecito de plata oxidada que tenia sobre la mesa en el último acto, contentándose Enrique con un par de solitarios de lo de Fabre, que parecian Vénus y Sirio engarzados.

ELENA — ¡Hola! ¡hola!... ¡Con que estábamos ya en el terreno de las esplendideces!...

ENRIQUE (*turbado*)—Exajeraciones de este... Un par de pendientes vulgares...

LUISA — Tal vez ~~de~~^{de} ~~ellos~~ ¿eh? (*rien todos*).

CÁRLOS — No, no, garantizo la legitimidad y hasta puedo precisar el precio. Le acompañé á comprarlos. Ya ven ustedes.

ELENA — ¡Bravo, lord Buckingham!

JAIME — Pues bien, concluido el teatro, y despues de presenciar el desfile de la concurrencia, formamos nuestro grupo en el corredor esperando la salida de la *Stella*.

Salió primero la nobleza veneciana disfrazada de zapateros remendones, limpia-botas y barberos de cuarto á la calle; los músicos con sus trombones, cornos, y fagotes, metidos en fundas de lanilla verde ó haciendo bultos extravagantes debajo de las capas; el tenor transformado en oso negro á fuerza de pieles y pellizas, el barítono con boa y capa á la española, y el bajo con un gorro de piel de mono con orejeras; luego, unas cuantas damas y co-

ristas, generalmente cargadas de “bambinos” envueltos en pañuelos de tartán, y por último, bajo los pliegues amplios de una gran capa forrada en martas cibelinas, encapuchada y casi desconocida, la *diva* que se apoyaba en el brazo de su camarera y era seguida por un especie de perro inglés, el cual llevaba á su vez mi caja y varios estuches, entre los que debia ir el de los dos ástros de Enrique.

Al pasar nos hizo un ligero saludo con la cabeza, se lanzó rápida dentro de su carruaje. . . ¡Pum! la portezuela, y á escape.

Vamos allá, dijimos nosotros, y nos dirigimos al Gran Hotel.

Llegamos, subimos y . . . *al buio*, como dicen los italianos.

Golpeamos discretamente. . . Pasos acompañados, la puerta se abre. . . El perro. . . quiero decir, el inglés, el cual despues de una profunda reverencia dice estas palabras capaces de volver de vidrio los brillantes de Enrique:

“ La señora ruega á ustedes la excusen
“ si no puede recibirlos. Ha llegado muy in-
“ dispuesta del teatro y en este momento
“ reposa ”.

Damos media vuelta, y á la calle, teniendo nosotros á nuestra vez que acompañar á Enrique á su casa, porque tal vez por simpatía, no se encontraba nada bien.

- ELENA —Ahora comprendo todo. Enrique se conduce hoy como sentido y agraviado.
- D. PED. (*que habrá escuchado con interés*)—¡Ah! ¿con que estaba malita la calandria esa?
- CÁRLOS —Si señor, ó así por lo menos nos lo hizo decir.
- D. PED. —Ya... (*¡Vamos atando cabos!*)
- CARLOTA—Pero, ¡cuánto tardan los nobles!
- D. PED. —Se habrán indispuesto tambien.
- CLARA —¡Jesús tío! ¡Qué cosas tiene usted! No se vé una propiedad en un abrir y cerrar de ojos. Ya vendrán.
- ELENA (*reuniendo á su alrededor á los jóvenes y hablándoles con misterio*)—Vamos á prepararles una sorpresa. Escondámonos en el bosque, y cuando lleguen les hacemos decir que no habiendo encontrado nada que almorzar, pues el aviso no habia llegado oportunamente, nos hemos vuelto á la ciudad.
- CARLOTA —Son capaces de irse ellos á su vez.
- ELENA —Entonces les detenemos.
- TODOS —Eso es. Eso es. ¡Bravo! ¡bravo!
- EMILIA —Así pagarán de algun modo su tardanza.
- ELENA —Pero vámonos, vámonos cuanto ántes; no sea que nos sorprendan.
- ENRIQUE (*llamando*)—¡Francisco!
- POSAD. (*dentro derecha*)—Voy señor.
- ELENA (*á Enrique*)—Prevéngale usted todo.
- ENRIQUE (*á Elena*)—Pierda usted cuidado.
- POSAD. (*saliendo*)—Señor.

(*Enrique habla con el posadero, haciendo ver que lo interioriza en la intriga tramada.*)

ELENA —Vamos tío; mamá, ánde usted. La cuestion es hacer el menor ruido posible.

D. PED. —¡Facilillo es!...

ENRIQUE (*al Posadero*)—¿Está usted?

POSAD. —Si señor.

ENRIQUE—Que no vean ni nuestro carruaje, ni nuestros caballos.

POSAD. —Están en la cochera, y en la cuadra,

CARLOTA—Vamos.

TODOS —Vamos.

(*Vánse por la derecha poniéndose un dedo en la boca con aire misterioso. Enrique sigue instruyendo al posadero hasta que desaparecen con el grupo.*)

ESCENA VII

ALINA Y JHON

Saliendo del chalet

ALINA (*á Jhon*)—¿Has oído? ¡Todavía se burlan de mí dándome bromas con ese mico!

JHON —No, pues á mi no me tratan con mucha consideracion que digamos.

ALINA —Ya no\$ llegará el turno á nosotros, y como se dice en mi pais “rirá bien qui rirá le dernier”. ¿Pero has visto un grupo de gente más

ridícula, mas vacía. y mas tonta? La vieja una ignorante vanidosa, el viejo un casca-rabias fastidioso, las muchachas á cual mas insignificante, y en cuanto á los caballeros, unos siete-mesinos insoportables. ¿No te parece?

JHON —Es exacto lo que dice la señora.

ALINA —Entre todo ese grupo, ¿querrás creerlo? lo único que verdaderamente me interesa es esa pobre criatura engañada por Luis.

JHON —Se comprende. . . .

ALINA —Pues ahí verás, no es el interés que debería sentir hácia ella en razon de los acontecimientos que la han ligado á mi vida, el que su presencia suscita en mi espíritu.

Tú sabes Jhon, que ante todo, yo soy artista, no como la vulgaridad entiende esta palabra, por la sola razon de ocupar un puesto ó desempeñar un papel en cualquiera de las manifestaciones del arte, sino por inclinacion, por temperamento, por pasion, si así puedo expresarme.

Esa muchacha con su aire de pureza, de castidad, de inocencia, de ingenuidad. . . todo tan natural, tan verdadero. . . es para mi un tipo que me seduce. . . y hasta—vas á reir—me conmueve.

Por lo demás, el cuadro en que actúa es soberanamente ridículo.

JHON —Poco mas ó menos como en todas partes.

ALINA —Así es. Eso es lo vulgar de la sociedad, y esos sus atractivos. ¡Ah! prefiero mi vida de bohemia, mis adoradores exóticos y mi teatro, en el que al menos por horas vivo cada noche en medio de héroes y actuando en episodios de otras épocas.

JHON —Para mí todo me es indiferente, excepto el ver á la señora triste ó contenta.

ALINA —¡Oh! gracias Jhon, gracias!

Ya me ahogaba en aquel chiribitil decorado por el posadero con el pomposo título de salón... Aquí se respira... (*reparando en Jhon que habrá sacado su pipa y que al mirarlo ella la guarda rápidamente*) ¿Qué te falta? ¡ah! fuma, fuma no más tu pipa, aquí puedes hacerlo con libertad.

JHON —¡Oh señora!

ALINA —Házlo, hazlo, te lo permito. (*Jhon despues de algunas vacilaciones, enciende su pipa, afectando cortedad y echando el humo hácia el lado opuesto de donde se encuentra Alina*). En tanto hablemos.... Dicen que tanto Luis como de Caen deben llegar dentro de un momento.... Esperémoslos aquí.

JHON —¡Señora por Dios!

ALINA —¿Tienes miedo?

JHON —¿Yo? por la señora... por el escándalo.

ALINA —Tonto, si el escándalo está en mis manos; si

yo las abro se produce; si por el contrario no me conviene, lo retengo.

JHON — Tambien es verdad.

ALINA — ¿No hace dos años que ando persiguiendo este instante?

JHON — Si señora.

ALINA — Y entónces ¿por qué cuando ha llegado habia de vacilar ante él?

JHON — Me parecia que la oportunidad.

ALINA — ¡Es excelente! Déjame hacer. Además, ¿no ves que mañana nos vamos para el Brasil, y que si él no quiere presentarse, tendré que aplazar quién sabe hasta cuando mi entrevista?

JHON — Tiene usted razon.

ALINA — Ven, ven. (*llevándolo hácia el senador del fondo en donde se sientan de la manera que indican sus palabras*) Mira . . . Yo me siento asi, dando la espalda á la entrada . . . Tú aquí, un poco cubierto con mi cuerpo. A primera vista podemos pasar por un matrimonio de burgueses, que, aprovechando algun buen negocio, ha venido á aspirar un poco de oxígeno, á extirpar la humedad, y á envenenarse con ron adulterado, entre árboles, flores, y rayos de sol auténticos.

Para que la cosa tenga mas visos de verdad . . . (*llama*) ¡Mozo! ¡mozo! (*viene un mozo*) Traiga usted ron y dos copas.

(*á Jhon*) A propósito, ¿has traído tu revólver?

JHON — Jamás lo dejo.

ALINA — Muy bien.

(*Traen el ron*).

ALINA — Ahora así... sírveme...

JHON — Señora, le hará á usted mal...

ALINA — Sírveme, te digo... ¡A la salud de nuestra empresa!... (*deja precipitadamente la copa*)
Siento rumor de caballos á la puerta (*volviéndose á medias*). ¡Ellos son! Observa.

ESCENA VIII

DICHOS, LUIS, DE CAEN Y EL POSADERO

LUIS (*hablando con el Posadero*)—¿Pero cómo puede ser cuando el aviso se le mandó á usted ayer?

POSAD. — Pues no lo he recibido señor.

CAEN — ¡Qué chasco!

LUIS — ¿De manera que no hay nada, nada, para almorzar?

POSAD. — Nada, señor.

LUIS — ¡Estamos lucidos! (*rien*).

CAEN — Yo por mi parte no tengo gran apetito, que digamos.

LUIS — Ni yo. ¿Pero vino, habrá, por lo menos?

POSAD. — ¡Oh! lo que es vino jamás falta.

LUIS — Pues bien, traiga usted una botella de buen burdeos. Me siento algo fatigado, y luego la belleza del sitio me cautiva. Tomaremos una

copa, y luego á caballo... ¿Pero qué hace usted que no nos sirve?

POSAD. —Es que ¡diablo! ¡esto si que no estaba previsto!

LUIS —Vaya usted.

POSAD. —Voy, voy...

CAEN *(reparando en el grupo de Alina y Jhon)*—Parece que no estamos tan solos.

LUIS —Sí, una pareja. Dos dichosos tal vez... Ayer no me cambiaba por ningun mortal: hoy tengo envidia al más humilde.

CAEN —Pero vamos á ver: en resumidas cuentas ¿qué es lo que piensas hacer en tu asunto?

LUIS —¿Yo?... Nada, ya te lo he dicho.

CAEN —Pero desgraciado, no ves que amontonando motivos de despecho y de rabia en el espíritu de esa mujer, precipitas de una manera más ruidosa y fulminante el escándalo?... Autorízame á mí, por lo menos, para que me aproxime á ella y entable negociaciones...

LUIS —Jamás. Por otra parte ¿qué se le puede ofrecer? No hay más que dos proposiciones y las dos imposibles. La primera sería abandonar yo de nuevo á Clara y ligar mi existencia doblemente abyecta y criminal á su degradacion y su cinismo. La segunda ofrecerle una cantidad de dinero que yo no poseo y que ella no aceptaría, aunque la poseyera, para que se alejára y me dejára en paz dentro de mi nuevo hogar.

... Créeme, Federico, créeme, no hay aquí más que una solución honrosa y esa está ya decretada.

CAEN —Y ¿llamas tú á eso una solución?

LUIS —Total, absoluta, eficaz.

CAEN —Para tí, gran egoísta; para tí que por debilidad ó por fascinación no has trepido en ofrecer en cambio del amor puro y sincero de una mujer como Clara, la deshonra, el dolor y la desesperación; ¿pero crees que no tienes otros deberes que cumplir? Si tan fácilmente olvidas lo que te concierne, lo que concierne á tu dignidad y á tu nombre, ¿crees que tan fácilmente chancelas tu deuda con la familia que honestamente te ha acogido en su seno; con la dulce y buena criatura que te ha brindado junto con su pureza todos los santos cariños de un amor virginal; con el ser inocente y desheredado que tal vez en estos momentos se agita en las entrañas de esa futura mártir?

(Se vé á Don Pedro entre los árboles del fondo).

LUIS —¡Oh! calla, calla por Dios. ¡Estoy rendido, anonadado, deshecho! ¡Ofréceme tu mano para alzar me y no para ahondar más y más mis heridas!

CAEN —¡Pero si te la ofrezco!

LUIS —No, no así. No es por una postrera humillación que yo he de redimir mis culpas.

Todo se ha confabulado para arrojarme en el abismo.

La distancia, el afán de ser feliz, lógico y hasta justificado á mi edad; los halagos de esta sociedad; las insinuaciones apremiantes de la familia, el amor casto y confiado de ese angel... todo, todo.... Llegó un día en que ciego, loco, inconsciente, me encontré ante el altar repitiendo un sí prófano, cuya repercusion lejana me la enviaba el crimen á travez del océano.

Cuando desperté, desperté en la gloria, casi sin reminiscencias terrenales.

Y así he vivido hasta que ese demonio...

(Alina que á las últimas palabras de Luis, se habrá levantado aproximándose al sitio que éste ocupa, grita impetuosamente):

ALINA —Te ha gritado, vengador y justiciero: ¡Aquí estoy!

LUIS Y DE CAEN —¡Ah!...

CAEN —¡Señora! ¿estaba usted ahí? ¿Qué hace usted en este sitio? Cuáles son sus intenciones?

LUIS *(á Caen)* —Vámonos.

ALINA *(á Luis)* —¡Te lo prohibo!

LUIS —¿A mí? ¿Y con qué derecho?

ALINA —Eso lo veremos. Da un paso y la tormenta estalla. Aléjate si quieres, pero aléjate para siempre... ó mejor dicho, emprende tu camino hácia el presidio, ya que no temes hacer ante-salas en la infamia y el deshonor.

Quiero hablar contigo, ¿lo oyes? Quiero que oigas de mis lábios lo que te quema en el alma. Quiero que tu mismo justifiques con tu asentimiento mi conducta. Que declares aquí que somos tal para cual.

Que si yo resbalé y caí, fué porque junto á mí no había un brazo viril y fuerte para sostenerme.

Que tú. . . .

CAEN (*suplicante*)—Señora, por piedad. . . . repare usted que este es un sitio público y que. . . .

ALINA —Sí lo sé. . . . lo sé, y cabalmente por eso he venido.

LUIS (*impetuosamente*)—¡Eh! ¡Concluyamos de una vez! ¿Qué quieres de mí?

ALINA (*desafiante*)—Lo que me pertenece de derecho.

LUIS —Ese derecho se pierde desde el momento que se falta á los deberes que impone su misma posesion.

ALINA —¿Y eres tú quien puede sostener ese axioma?

LUIS —Yo, sí, por mi condicion de víctima.

ALINA —Que á la vez se cree autorizada para erijirse en victimario. . . .

Yo soy tu verdadera y única mujer. . . .
¡sígueme!

LUIS —¡Jamás!

ALINA —La justicia hará que me sigas.

CAEN (*con aflicción*)—Señora. . . . elijamos otro sitio. . . .

ALINA (*riendo nerviosamente*)—¡Si este es espléndido!

CAEN — Hay gente extraña y se impondrá.

ALINA — Mejor: es lo que quiero.

LUIS — Vete ó (*se lanza hácia ella con el látigo levantado.*)

ALINA (*á Jhon*)—¡Jhon, haz tu deber!

(*Jhon saca flemáticamente su revólver.*)

LUIS — (*á Jhon haciendo ademán de castigarlo.*)

¡Cómo! ¡miserable!

JHON (*apuntando con el revólver.*)—Señor Conde,
¡un paso más y hago fuego! (*de Caen lo detiene.*)

LUIS — ¡Canalla! . . .

D. PED. (*saliendo de entre los árboles*)—¡Alto!

LUIS — ¡Ah!

CAEN — ¡Don Pedro!

D. PED.—Todo lo he oído, desde allí.

CAEN — Pero

D. PED.—No hay cuidado, he tomado mis medidas.

(*Dirigiéndose á Alina*)—Señora retírese usted se lo suplico. Este caballero (*por Luis*) se entenderá esta misma noche con usted. (*Ademán de negativa de Luis y de duda de Alina.*) Yo salgo garante de ello.

En cuanto á usted caballero, (*á Luis*) después de entenderse con la señora, tendrá que hacerlo conmigo.

Clara no tiene padre ni hermano; yo soy el único hombre de la familia, y aunque no con el vigor ni la destreza de usted, como no me he encanallado en el vicio, ni he debilitado

mis fuerzas en las orgías y los placeres, aun puedo servir de sostén y defensa á una pobre niña asaltada en su pureza y herida en su lealtad por un villano

LUIS —¡Caballero!

CAEN —¡Señor Don Pedro!

D. PED.—Pongamos fin á esta escena desagradable y evitemos que esas pobres y confiadas gentes se impongan por el momento de la terrible traicion de que han sido víctimas. Mi hermana y mis sobrinas están ahí. (*Señalando el fondo*).

CAEN —¡Cómo!

LUIS —¡Qué horror!

D. PED.—Sí; quisieron dar á ustedes una broma infantil, sin sospechar que ellas mismas eran víctimas de la más horrenda de las mistificaciones.

Aléjese usted señora, un hombre de honor que se sonroja de verse mezclado en tan asqueroso asunto, se lo ruega, asegurándole que, vivo ó muerto, este señor irá á cancelar con usted sus viejas cuentas.

Encuanto á usted, caballero, exijo que siga siendo por algunas horas el buen cómico que hasta aquí ha sido en nuestra casa, con respecto á su pobre víctima, y á mi tonta aunque buenísima hermana.

Que no se aperciban de nada por el momento.

Señor de Caen: usted que ha sido testigo del prólogo de este drama, no nos negará su presencia hasta que no lo hayamos terminado.

(A Alina)—Vaya usted, vaya usted no más tranquila, señora.

ALINA (A Luis, sarcásticamente)—Hasta luego, pues....
Adios, señor....

ESCENA IX

DICHOS, ENRIQUE, Y LUEGO CLARA, DOÑA CARLOTA,
ELENA, JAIME, CÁRLOS, LUISA, EMILIA, ETC.

ENRIQUE (*entrando precipitadamente, fondo, derecha*)—
Aquí están, aquí están!... (*tropezando con Alina que se retira seguida de Jhon*).

¡Oh! ¡qué sorpresa! ¿Usted aquí?.... ¡Cómo!...
Permita usted (*le ofrece el brazo que Alina toma maquinalmente, fijando siempre al retirarse la vista en el grupo formado por Luis, de Caen y D. Pedro*).

ELENA —A la mesa, á la mesa.... ya tenemos almuerzo...
(*Saliendo*)—Una hada nos acaba de servir un banquete....

CAEN —Señorita, la broma era pesada...

ENRIQUE (*volviendo*)—¡Diablo! pues, lleva una cara y unos modos. ¿La han visto ustedes?....

TODOS —A quién, á quién....

CAEN —(¡Calle usted!)

ENRIQUE — Estaba aquí. . . .

CAEN (*imperiosamente*) — ¡Calle usted, le digo!

ENRIQUE — ¿Qué será este misterio?...

ELENA — Pero ¿vamos ó no vamos?

CARLOTA (*á Luis*) — Esposo invisible, dá el brazo á tu mujer. ¡Anda!

D. PED. (*interponiéndose*) — Nó, nó, á mi sobrina la conduzco yo.

CLARA — Perdone tío, pero yo no dejo á Luis aunque él me abandone por sus antiguas afecciones.
(*indicando á de Caen*).

CAEN — Señora.

CLARA (*á de Caen*) — Usted me lo ha cambiado (*á parte á Luis*.) (Estoy arrepentida de que nos hayamos venido de la estancia.... ¡Siempre sola! Y tú siempre pensativo.... No quiero que te apartes más de mí.... ¿Verdad qué no te apartarás?)

LUIS — (Mi alma siempre estará junta á la tuya....)

ENRIQUE — Vamos á celebrar el primer cuarto de la dicha luna.

D. PED. — Sí, el primero y el último.

TODOS — ¡Cómo!

D. PED. — Porque la luna de la dicha no debe tener faces como la del cielo... ¿Verdad, señor de Caen? (*Caen asiente*).

ELENA — ¡A la mesa! ¡á la mesa!

TODOS — Sí, sí, ¡vamos!

CARLOTA — ¡Paso á los novios!

ENRIQUE — Paso á la felicidad! ¡á la dicha!...

(Todos hacen calle. Clara se aproxima á Luis que se habrá quedado meditabundo en primer término, y tomándolo dulcemente del brazo le dice:)

CLARA — ¿No 'oyes, Luis?

LUIS *(como despertando de un sueño)* — ¡Ah! ¿Es por nosotros?... Sí, sí... ¡Vamos!

(Telón rápido).

ACTO TERCERO

Estudio lujoso de estilo severo.—Grandes bibliotecas al fondo á un lado y otro de la puerta, que figura dar á una antecámara ó sala de espera.

A la derecha del espectador, una gran chimenea de jaspe negro, sobre la cual descansará el retrato de cuerpo entero de un hombre elegante y correcto como de 58 á 60 años.

Candelabros y objetos de arte sobre la repisa de la chimenea.

A un lado y otro de ésta dos puertas con *portières* que figuran dar á las habitaciones interiores.

A la izquierda del espectador dos balcones. En medio de estos y como á metro y medio de distancia, un gran escritorio ministro, cuyo asiento deberá estar colocado de espaldas á la luz que viene de afuera.

Frente á la chimenea una *chaise-longue* forrada en cuero ó en terciopelo oscuro, como los sillones, taburetes, etc., y por tapiz una gran piel.

Sobre el escritorio, una lámpara elegante de trabajo con gran pantalla verde; libros, papeles, etc., todo en orden.

Cerca del diván, una mesa con tapete.

En los huecos que dejen los muebles adosados al muro, algunos pedestales del color que figure el maderamen de las bibliotecas, con bustos ó estatuas de bronce representando grandes hombres de la política y las letras.

En el ángulo izquierdo del foro, un biombo.

Cuando se abra la puerta del foro, se verá una habitación iluminada con mayor profusion que el estudio, el cual no tendrá más luz que la de la lámpara.

ESCENA I

LUIS Y DE CAEN

Luis con aire de un hombre anonadado recostado en la chaise-longue. De Caen se pasea.

DE CAEN—¿De manera que no hay otro remedio? (*Luis mueve la cabeza negativamente.*)

DE CAEN—¿Pero no le has hecho ver que un duelo en estas circunstancias entre tú y él, fuera cual fuera su resultado, no haría otra cosa que hacer más desesperante la situación de los seres que él cree defender, sin traer una sola solución práctica y eficaz al grave conflicto en que todos os hallais comprometidos? *(Luis hace una seña afirmativa con la cabeza).*

(De Caen despues de recorrer rápidamente de un punto á otro la escena, se detiene ante Luis y dice:)

Luis, Luis, tu situación es tremenda, desesperada, horrible, pero tu inacción, tu abandono, esa especie de resignación fatalista en que te hallas sumergido, no solamente es indigna, sino que también es cobarde.

Puedes haber errado, puedes haber caído, pero no tienes el derecho de abandonarte estúpidamente á la corriente fatal de los acontecimientos.

Reacciona, levántate, lucha; prueba que tu falta no es el producto del encanallamiento de tu espíritu, sino de esa fuerza superior que muchas veces precipita en el error y hasta en el crimen á los hombres más probos y más honrados.

Lucha, y si es necesario sucumbe; pero demuestra que tu falta no ha sido hija de la perversión de tu alma, ni de la ruindad y bajeza de tus instintos.

Sobre todo, evita á toda costa que este tremendo drama tenga repercusion inmediata, y vaya á herir de una manera ostensible y brutal á seres que no han hecho otra cosa que darte su amor.

Afortunadamente, hasta ahora el secreto de todo esto está entre pocas personas.

Trabaja en el sentido de que quede ahí, y ya que no has trepidado en sacrificar á inocentes, sacrificate á ti propio, sacrifica tu vanidad, tu orgullo, tu porvenir, tu vida, si es necesario, más dé una manera que no deje visible la llave del secreto, que es necesario arrojar en lo eterno.

Luis —Predicas á un convencido, querido Federico. Todo eso que tu me dices en este momento, me lo he dicho ya mil veces, pero en vano.

Este nudo tremendo, como el gordiano no tiene más que una solucion, con la diferencia de que la espada que debe cortarlo, no está en manos de un mortal, sino en la mano de Dios.

He obrado mal; he atentado á todo: tanto á lo divino como á lo terrenal. Soy el más abyecto y el más vil de los humanos.... lo confieso, me arrepiento, pido perdon, lloro... y... me destruyo.... ¿Y bien? ¿Qué he logrado con esto?.... Nada.

Mi crimen está ahí, igual, íntegro, más vivo aún despues de mi muerte, más negro y

más repugnante al sobrecargarlo con la nueva falta de un suicidio.

Tú mismo me lo has dicho cuando en el primer momento me asaltó esta idea, y mi conciencia te ha dado razon.

Me rebajo ante esa mujer, logro tal vez con mis súplicas, con mis promesas, con mi humillacion, que suspenda, aplace ó renuncie á su venganza.... ¡Inútil! ¡todo inútil! La falsa tranquilidad que me había creado el convencionalismo de una situacion cuya base de seguridad reposaba en el olvido, ha sido ya turbada con la presencia de esa mujer, y con el conocimiento que de los hechos han adquirido personas íntimas de la familia de mi víctima.

Como lady Macbeth, las manchas de mis manos no desaparecerán ya jamás! Cuando aturdido ó ilusionado creyera apercibir un rayo de pura dicha al lado de la mujer que verdaderamente adoro, la sombra de Banco de ese anciano digno y vengador, se alzaría recordándome que no soy más que un criminal tolerado.

Si como tú tambien me has hecho imaginar, mañana esa pobre criatura á la que he ligado á mi cadena de galeoto, me diera un hijo, iris de ventura en las uniones lícitas que vincula el amor, el cielo bendice y cobija bajo sus blancas alas el ángel del hogar; pero fruto de

infamia, padrón de ignominia, concreto de vergüenza en las que como la mía no ha intervenido sino la falsedad, el perjurio y la traición, figúrate Federico, ¡qué existencia la mía, sabiendo que aquel ser al que yo quisiera transmitir con mi nombre todos los dones de la más venturosa de las suertes, no era otra cosa que un ser manchado por mí mismo con el hierro candente de la más horrible de las abyecciones; menos que un bastardo, un hijo legítimo falsificado; un adulterino clasificado en el mundo social con un nombre del cual yo no podía disponer, é introducido en la familia y en la sociedad subrepticamente, para forjar tal vez en el porvenir, un nuevo eslabón de dolo y de mentira, que ligára la existencia de alguna otra mujer, pura, confiada y honesta, como aquella en cuyas entrañas se había formado!

Ya vés, ya vés, querido De Caen, que todo lo he pensado.

Ya vés que me doy cuenta exacta y precisa de mi situación.

Nada me he ocultado; ningún medio por repugnante que me fuera he despreciado.

Mi docilidad y humillación ha llegado hasta el punto de dejarme guiar como un cordero por el mismo D. Pedro, que en su natural indignación me ha dirijido palabras que de ningún mortal hubiera sufrido.

Él me ha traído á este sitio que era el estudio del padre de Clara, esa sombra severa y vengativa que está ahí (*señalando el retrato*) y hasta la cual no oso en este momento alzar los ojos.

“Este es un sitio aislado”, me ha dicho: “Formando parte de la casa, desde la muerte de mi cuñado nadie ha entrado en él. Tiene su escalera especial que da á una calle traviesa. Aquí estamos seguros y podremos tratar y dilucidar nuestros asuntos, ajenos completamente á las sospechas de nadie.”

Me ha colocado ahí un especie de cancebero, su antiguo servidor, que no se comunica para nada con los criados de la casa.

“Medite usted, arregle sus asuntos ó haga lo que le parezca sin mezclar á las mujeres”, me ha dicho, y se ha marchado. Y aquí estoy obediente y sumiso, esperando su decisión, como el reo que, entregado por la justicia á su ejecutor, se deja maquinalmente guiar por él hasta el suplicio.

CAEN — De manera que el duelo...

LUIS -- Para eso te he llamado.

CAEN — ¿Tendrá lugar?

LUIS — Mañana.

CAEN — Y ¿qué piensas hacer?

LUIS — Lo mismo que ahora, dejarlo á él que haga lo que quiera de mí. Iré al terreno; si me quiere

matar me matará, y muriendo le daré las gracias.

CAEN — ¡Pero eso es atroz, imposible! Deliras y no tienes una sola idea en tu cerebro del que parece empezára á tomar posesion la locura.

LUIS — ¡Pluguiera al cielo!

Me ha pedido que nombre padrinos, y yo le he suplicado que dado el caso especial en que nos encontramos, evitáramos toda clase de publicidad.

Que ya que el destino te había puesto á ti en medio á los misterios de este drama, fueras tu tambien el único que presenciára su desenlace.

CAEN — Y ¿qué ha dicho?

LUIS — “Cómo usted guste”, me ha replicado, “con tal que sea breve.”

CAEN — Pero yo no puedo aceptar esas condiciones....

(*Ademán de súplica de Luis*) al menos sin entenderme préviamente con él y sin saber de tí mismo algunos antecedentes que ignoro con respecto á los hechos en que se me quiere hacer hasta cierto punto árbitro absoluto y testigo único.

Tu comprendes Luis, que mi responsabilidad es tremenda, y si es verdad que los vínculos de antigua amistad que nos unen me obligan en este momento solemne de tu existencia á estar á tu lado y acompañarte hasta el más terrible

de los trances, esa misma circunstancia me manda imperiosamente buscar todos los medios de solucionar este asunto en la forma más humana y menos brutal que pueda encontrar y que tal vez me sugieran los mismos hechos.

LUIS —Y bien, ¿qué puedo decirte?....

Llegado de Francia á estas playas, apenas con lo necesario para subvenir por un corto tiempo á las necesidades de un hombre de mi clase, pensé naturalmente en el trabajo como único medio salvador, no tan solamente de mi existencia material, sino tambien de la parte moral en mí tan hondamente sacudida.

Llegaba aquí cabalmente en momentos en que la fiebre de colonizacion era una verdadera epidemia.

País jóven, rico, poblado por una raza comunicativa, hospitalaria y generosa, pocos días despues de mi llegada, ya lo más distinguido y elegante de su juventud me había dado carta de ciudadanía en su afecto y en su intimidad.

Retemplado mi espíritu por esa simpática acogida, volvió la esperanza y el vigor á mi corazón.

Poco tuve que hacer para encontrarme dentro de los negocios, y la fortuna secundó de tal modo mis planes, que, en breve tiempo mi

actividad pudo emplearse, desempeñando el puesto de director de un centro agrícola en los campos del sud de esta hermosa provincia.

¿Qué más te diré?

En mi vida de campo conocí é hice relación con esta familia que veraneaba en su estancia.

La parte amena de mi educación, fué el lazo primero del afecto verdaderamente familiar que me dispensaron en este hogar.

Luego empezó el idilio.

Mi vanidad descubrió un poco los antecedentes de mi cuna, y el día que esa santa aunque pobre de espíritu de doña Carlota, vislumbró mi título de nobleza, fui una verdadera entidad en su opinión....

El resto lo hizo nuestro corazón, nuestra juventud, nuestra vehemencia.

Mi ánsia de ser comprendido y amado, se sobre puso á todo, y el día en que ese pobre ángel, tembloroso y ruborizado, me confirmó con su tímida y balbuciente palabra lo que ya me habían dicho sus ojos, me creí trasfundido en otro ser, resucitado á nueva vida.

Los acontecimientos se precipitaron de tal modo, que cuando quise darme cuenta exacta y verdadera de mi situación.... ya era tarde....

Ni mi desvinculación con esta sociedad, ni mi falta de fortuna.... nada, nada fué motivo de una objeción ni de una resistencia.

No tuve valor para renunciar á la dicha que me ofrecía aquella especie de mentesicopsis en que me encontraba.

Cerré los ojos, y me arrojé á aquel abismo lleno de hojas de rosas...

Dios que me había mandado el dolor, no me dió bastante fuerza para merecerla aureola del martirio!.... (*se cubre la cara con las manos y solloza*).

DE CAEN (*con gravedad*)—Es muy difícil encontrar una palabra que te consuele, como tambien es difícil hallar aquella que deba condenarte.

Mi espíritu se ha conturbado al oírte, y no tiene bastante serenidad para inspirar á mi mente nada que importe algo práctico en la solución de este asunto.

Pero.... ¿quién sabe?... siento algo en mi interior que me dice que en medio á tantas tinieblas encontraremos tal vez un sendero que nos conduzca á la luz.

Deja que me ausente, Luis! deja, que si no autorizado por tí, llevado por mi propia inspiración y voluntad, vaya al encuentro de Alina... (*signo de desaprobación de Luis*).

Nó, nó,... es necesario.... es cuestión puramente mía, déjame....

En tanto, medita y pón toda tu inteligencia y tu energía al servicio, no ya de tu causa, sino de la de esos seres á los que debes por lo

menos el sueño más venturoso de tu existencia.

Piensa en Clara.

Figúrate que se trata de salvarla, del más tremendo é ignominioso de los peligros, algo de lo que se sueña en las pesadillas....

Un puñal se levanta contra su seno. Ella llorosa y suplicante espera el golpe fatál.

Tu estás ahí.... sin armas, tal vez.... Ya derraman su sangre.... ¿Qué haces?

LUIS (con fuerza)—Oh!.. ¡La salvo! ¡Vive Dios! ¡La salvo! ¡La salvo ó caigo con ella muriendo de su propia muerte!

CAEN —¡Bravo! amigo mio, ¡bravo! así te quiero ver. No desmayes.

LUIS (reaccionando)—¡La salvo!.. ¡la salvo! Pero ¡cómo!.. ¡Dios mío! Pude recurrir á la ley de nuestra patria.... pero ahora, despues de haberla trasgredido... Y luego ¿qué efectos podría tener una declaratoria de divorcio en Francia tratándose de vencer con ella las repugnancias de una sociedad como esta?

Por otra parte, la libertad que nace del divorcio, por más legal que sea, no es un hecho que pueda ser impuesto imperativamente á las conciencias meticulosas ó que decididamente no lo aceptan por ser contrario á sus creencias religiosas.

Luego, en este caso no hay nada de eso; yo

he usado de dolo y de traicion al efectuar este acto de verdadera bigamia. Yo he ocultado mi estado....

Soy un criminal y estoy fuera de toda ley que pudiera servirme y ampararme... no, no, no....

No hay que pensar en eso.

CAEN —¿Pero por qué no intentas una confesion....
Con cierta habilidad...

LUIS —¡Oh! jamás, jamás.... Moriría de dolor y de vergüenza á mi primer palabra!

CAEN —En fin, medita algo....

LUIS —Sí, sí.... pensaré...

(El reloj de la chimenea dá nueve campanadas).

Las nueve! No me explico la tardanza de D. Pedro. Y yo he dado mi palabra de no moverme de aquí hasta su vuelta....

¿Eh? Parece que oigo pasos hácia aquella habitación.... no hay duda.... Alguien viene.... ¿Quién podrá ser? Observemos.... Pero.... no quisiera.... *(se oye el rumor de una llave en la puerta).*

CAEN —Bien; te dejo solo, no conviene que se nos vea mucho en conciliábulos.

¡Ea! ¡Entereza y serenidad! *(Luis acompaña á de Caen hasta la puerta del foro y se queda al paño oculto tras el biombo.)*

ESCENA II

LUIS, CLARA Y UN CRIADO

(El criado con un candelabro con luces encendidas).

Clara trae en la mano un ramillete de flores de largos tallos en artístico desorden.

LUIS *(con voz apenas perceptible)* — ¡Gran Dios!
¡Clara!

(Al entrar Clara se demuestra poseída de una gran emocion. Al ver la lámpara encendida hace un signo de asombro y retrocede un paso).

CLARA *(al criado)*—Alumbre usted. ¡Cielos! ¿Qué es esto? ¡Esa lámpara!...

EL CRIADO--La mandó encender el señor D. Pedro, para dar posesion, segun dijo, á su señor esposo de usted de este estudio.

CLARA —¡Ah! comprendo. *(hace seña al sirviente que ponga sobre la mesa el candelabro y se retire. Vase el criado.)*

Pobre tío sus apariencias son las de un hombre áspero, y á veces sus palabras revisiten formas agresivas, pero en el fondo es bueno y generoso, y la nobleza de su carácter vence hasta sus mismas caprichosas preocupaciones.

Luis con su gracia cortesana y su fina educacion lo venceré al cabo, y espero todavía para perfecta tranquilidad de mi corazon, verlos

amigos y estimándose mutuamente. (*gira la vista á su alrededor profundamente emocionada*).

¡Todo está en su sitio!

¡Cómo habla á mi alma todo cuanto aquí me rodea! Allí están sus libros favoritos, allí el divan en donde se recostaba á meditar sus negocios ó á soñar en nuestro porvenir; allí el escritorio en que tantas veces le sorprendió el día encorvado sobre su trabajo, allí en fin, su retrato, sombra de su noble figura, con su bondadosa sonrisa, y la inteligente y benévola luz de sus hermosos ojos.

¡Ah! padre!.... ¡Ah padre mío!!!! (*solloza*).

¿Dónde estás ahora para ofrecerte estas flores que hoy tambien como siempre he cogido en el jardin plantado por tu propia mano?

¿Dónde estás para sonreir á mi dicha de esposa, para alentar y aconsejar al ser superior que heligado á mi destino y que ha aprendido á amarte y á respetarte leyendo el poema de tu recuerdo en mi corazon?

(*Coloca las flores en un búcaro que habrá sobre la repisa de la chimenea, en la que reposa su frente sollozando*).

(*Luis caminando con cautela viene á arrodillarse cerca de ella*).

CLARA

(*sintiéndolo y volviéndose*)—¡Cielos! ¿Quién? ¡Tu!

¿Pero porqué así de rodillas?... no, no, ven....
ven á mis brazos. ¡Sellemos el juramento de
nuestro amor bajo la protectora mirada del
que nos guia desde el cielo!

LUIS — ¡Clara!

CLARA — Ven, ven, Luis mio. Ofrezcámosle unidos
nuestro tributo de cariño, al que á estar hoy
vivo, te estrecharía junto conmigo entre sus
brazos paternos.

LUIS — No, no, déjame así Clara, y buena, y noble, y
santa, como eres, pídele á esa sombra que ten-
ga piedad de mí y me perdone....

CLARA — ¿Qué dices, loco?... vamos, no digas esas cosas
que me asustan.

LUIS — Tu tambien perdóname, ángel mio!...

CLARA — Pero....

LUIS — Dímelo, pronuncia esa palabra aunque sea pa-
ra ti falta de sentido.... La necesito porque mi
corazon lleno de mil presentimientos melan-
cólicos, parece que se siente próximo á es-
tallar!....

CLARA — Pero explicame, al menos.....

LUIS — Estaba ahí, te he oído y me he encontrado
indigno de tí. Me parecia que ante el augusto
recuerdo que evocabas, era yo una especie de
ladron que había venido de lo desconocido á
robar á ese culto de ultra tumba, la mejor
parte de consagracion y de cariño.

¡Perdon!.... ¡perdon!.... dime que me per-
donais... entrambos!

CLARA — Está bien, tonto, te perdono y en cuanto á él.
(*señalando el retrato toma un pensamiento de entre las flores, y se lo coloca en el ojal*).

LUIS — ¡Ah! ¡Gracias! ¡gracias!

CLARA — Cuando yo digo que ese señor de Caen te ha traído historias viejas de aquellas buenas tierras que te han puesto así la cabeza..... (*Luis niega*).

CLARA — No sies en vano que niegues, si la cosa es evidente y no tan solo me he apercibido yo, como sentida y agraviada sino que hasta los indiferentes se aperciben.

Hoy, volviendo del paseo, me decía Enrique....

LUIS — ¿Eh?

CLARA — Me decía Enrique: ¿qué tendrá Luis que lo encuentro tan cambiado desde la noche de *Gioconda*?

LUIS — ¡Yo!.... ¿Y haces tu caso?

CLARA — No.... pero ya ves.... Cuando él que no vive sino preocupado de si sus botas de charol tienen un corte perfecto, y de si el color de sus guantes dicen bien con el aspecto del día, se ha llegado á fijar en que estás preocupado y.... rarísimo.... ¿que no serán los demás?

Vamos, sé franco y dime decididamente que tienes.

¿Apenas nos hemos casado y ya empiezas á tener secretos para mí?

¿Será cierto lo que dice mi tío, que es tal el espíritu de contradicción en los hombres, que desde el momento que dicen *sí* en el altar. empieza su empeño por probar lo contrario en el afecto?

LUIS — ¡Clara! ¡Ángel mío! Háblame, háblame así con tu dulce y cariñosa voz, con tu acento puro, tranquilo y confiado, con tu gracia ingénua é inocente...

Dime todas esas cosas que tan dulcemente arrullan en mi oído.

¡Qué suavidad tan celestial vierten tus palabras en mi corazón perturbado!

CLARA — Pero por Dios, ¿qué es lo que tienes?....

LUIS — Qué es lo que tengo..... que es lo que tengo.....
¿Quieres saberlo?....

CLARA — Seguramente.

LUIS (*la toma la cabeza entre las manos y la mira fijamente*)—Dime Clara, ¿te imaginas tú lo que es el infierno?

CLARA — ¡Jesús! ¿Y porqué me lo preguntas?

LUIS (*haciendo un esfuerzo para sonreír y sobreponiéndose á la emoción*)—Porqué tu rostro es la contraposición de esa idea.... Porqué tú tienes el cielo, la gloria, en la cara. Porqué cuando te tengo así, cerca de mí, y sumerjo mi mirada en tus ojos, mi alma vuela al empíreo abandonando las turpitudes de la tierra!

Porque al contemplarte, al oírte, al estre-

charte así, junto á mi seno, me parece imposible que jamás deba perderte!

CLARA —Luis, Luis..... tú deliras. En tu espíritu hay algo de siniestro que trasmite al mio angustias infinitas.

Yo te conjuro, Luis mio, á que deposites en mí la confianza á que tengo derecho.

No sé porque sufres, pero tengo la certeza de que una pena horrible angustia tu corazón.

Y bien, confíamela...

Yo soy una pobre mujer, sin más experiencia del mundo que la que tú quieras hacerme entrever; pero mi corazón que ha latido siempre al compás de la dicha, tiene la intuición del dolor.

Podrías negarme participación en tus placeres, pero tus amarguras son mías; yo las quiero, yo las ansío, porque sé que esas son las que con más fuerza ligan las almas.

LUIS —Clara, Clara mía, no tienes con tu angélico candor la codicia de Satanás....

CLARA —No comprendo tu lenguaje, Luis; pero misterioso y todo como es, no me impresiona tanto como verte sufrir y empecinarte en el silencio.

LUIS —Pero si concretamente no tengo nada que decirte. Si te hablo así es por armonizar el misterio á la curiosidad.

Vamos, vamos... cambiemos el giro de nuestros pensamientos. — ¿Sabes qué no conocía este departamento de la casa? — Para un hombre tranquilo y dichoso, ¡cuántas promesas en aquellos libros y cuantas ideas y pensamientos sobre aquellos pliegos nítidos!

CLARA — ¡Ah! Es verdad que tu no conocías esto.... Aquí te refugiarás en adelante cuando estés cansado de mí.... ¡Ah! Pero yo te seguiré hasta en este sancta-santorun..... Ven, ven, yo te serviré de *Cicerone*.

Esa puerta comunica con la ante-cámara y esta con la escalera especial del estudio.... Esa otra, dá á una galería al fondo de la cual hay una puertecita que dá al vestíbulo de nuestra casa.

Esos balcones dan á la calle, y esa otra puerta... esa otra puerta comunica con la "cámara del misterio." Así la llamaba papá para avivar nuestra curiosidad. Un día la encontré entreabierta, empujé y entré, ¿sabes lo qué ví ahí dentro? Un espléndido *fumoir*, muchos álbums, muchas vistas, juegos diversos, un piano.... un saloncito como para pasar las horas muertas sin acordarse un hombre de su mujer, por más que la engañe diciéndole que la adora.... Vén, vén, quiero mostrártelo; vaya, toma tu mismo aquel candelabro y vamos.

Entra..... quien sabe si mañana no tendré

que pedirte humildemente permiso para entrar á mi vez.

(*Vánse*).

ESCENA III

UN CRIADO, DESPUES ALINA

(El viejo servidor de D. Pedro abre lentamente la puerta del foro y adelantando con precaucion la cabeza, inquiere con la vista por todos los ángulos del estudio).

EL CRIADO (*llamando bajo*)—Señor.... señor.... (*entra*) Señor.... señor.... ¡Diablo! Pues se ha marchado. Tambien es ocurrencia la de mi señor Don Pedro ponerme ahí de centinela..... Con aquella estufita de hierro que está como una áscua y el sillón aquel que parece relleno de viento, desafío al más listo á que sin tener con quien hablar y despues de una buena comida no se se dé el placer de echar cuatro ronquiditos. Se habrá marchado sin duda....

¡Eh! ¡Y á mi qué!....

Pongo esta tarjeta aquí, y hago entrar á la dama.

Dice que el mismo señor D. Pedro, y despues ese otro caballero francés que salió hace poco de aquí, le habían dado cita en este estudio..... pues que espere.....

Sí, sí, pero allí no es justo.... Parece una dama de copete.

La haré entrar aquí, así yo también estaré más en libertad para.... *(levantando la cortina de la puerta del foro)*.

Señora, señora, puede usted pasar. El señor D. Pedro no debe tardar, tanto más cuanto que, según la señora, le dió cita para esta hora precisa. ¿No es así? *(Alina hace señal afirmativa con la cabeza)*.

Tome usted asiento señora, y si tiene usted necesidad de algo, yo estoy ahí.... Sirvase usted esperar un momento.... Disculpe si....

ALINA *(imperiosamente)*—Esta bien.

(Vase el criado).

ESCENA IV

ALINA SOLA

(Vestida de negro con velo tápido á la cara).

ALINA —¿Qué sitio será este? He sentido una emoción al entrar de la cual no me creía capaz.

Aire de iglesia ó de tribunal....

¿Quién será ese viejo? *(por el retrato)* ¡Buena facha! En sus tiempos habrá sido lo que se llama un buen mozo.

Las nueve y media...

Poco galante es sin duda hacer esperar á las damas, pero como yo estoy acostumbrada á todo, y me interesa el drama que debe desarrollarse y en el que estoy mezclada, esperaré, dejando que vengan los acontecimientos por donde quieran.

Un poco lúgubre es todo esto. Si fuera.....

¡Ah! tomaré por sí acaso mis medidas.

(Yendo hacia la puerta y llamando) ¡Eh! buen viejo, ¡eh! despiértese usted ¡hombre!

EL CRIADO--¿Decía la señora?

ALINA —Mire usted: allá abajo, en el carruaje, está mi sirviente; dígame usted que me suba mi peliza y espere con usted en la ante-cámara.

EL CRIADO--La traeré yo, señora.

ALINA —¡No, hombre! ¡Haga usted lo que le digo!

EL CRIADO--Voy, señora, voy..... (Esta debe de ser viuda de militar. ¡Qué mando!)

ALINA —No está demás tener las espaldas guardadas.

En resumidas cuentas, mi situación es espléndida para dar un escándalo americano de despedida.

Mi actitud no será simpática, de seguro, pero es perfectamente correcta y en el fondo moral.

Já..... já..... já..... que gracia me hace esta palabra en mis labios, parece que hasta hiciera reír á ese buen señor..... (por el retrato).

¡Un pañuelo de señora! ¡Ah! No estamos en casa de hombres solos.

Peor para los hombres que mezclan damas en estos asuntos tan masculinos.

Porque yo aquí no soy mujer: soy justicia.

Ese tonto de Luis, es capaz de creer que yo hago todo esto por despecho amoroso, y aún quién sabe sino se imagina que haya un poco de *chantage* ó explotación.

¡Bah!

Si en París, despues del..... suceso..... viene á mi como hombre de mundo y me propone el divorcio, me desliga legalmente de su enfadada persona, y luego parte.... ¡santas y buenas noches!

Pero hacer el dramático; dejarme sin tirarme al rostro siquiera con su ira; venir acá y como si yo no existiera en el mundo, darse el lujo de un nuevo matrimonio.... ¡eso nunca!....

Todavía si dejára á un lado sus aires de esposo ultrajado y se sometiera á tratar conmigo de igual á igual, dando á este asunto un corte legal que nos volviera mutuamente la libertad.... Pero es que él ha faltado á su vez y se ha colocado en condiciones de no poder entenderse de á buenas con la ley. Ahí está....

Ella..... ella no me es antipática, esa pobre muchacha á quien ha hecho su querida por la iglesia.

Tal vez por ella, que al fin es mujer y por lo tanto víctima, habría sido capaz de..... *(Se oye dentro una melodía de Chopin en el piano).*

¡Hola! Música..... Chopin..... ¡Qué recuerdo! Esto lo sabía yo cuando era todavía..... ignorante de otras cosas!

¿Quién tocará eso?..... ¿y por qué lo tocará? Esa música está fuera de la situación de mi espíritu.....

Es allí..... *(señalando la puerta de la derecha, primer término.)* Si yo pudiera ver....

(La melodía va muriendo poco á poco hasta que concluye en un acorde prolongado).

Me hace mal eso..... Yo no quisiera pensar en cosas buenas..... Se extingue. ¡Ah! ¡Gracias á Dios!.....

(Vá retirándose poco á poco hacia el fondo del escenario y se deja caer como anonadada en un sillón).

ESCENA V

ALINA Y CLARA

CLARA *(saliendo de puntillas y con el rostro vuelto hacia la habitación en donde ha entrado con Luis).*

(Media voz)—Reposa en el diván..... Voy á llamar á mamá y Elena.

ALINA *(Id.)*—(¡Una mujer! ¡Cielos! ¡Ella!) ¡Huyo! *(al*

huir hace ruido con un mueble. Se baja precipitadamente el velo).

CLARA (sobresaltada)—¿Quién anda ahí?

ALINA (con voz ahogada)—¡Es tarde!

CLARA —¡Señora!....

ALINA —¡Señora!....

CLARA —¿Buscaba usted?....

ALINA —El señor D. Pedro de Morales me ha hecho llamar aquí.

CLARA —¡Ah! ¡Mio tío!

ALINA —Si señora..... es decir, supongo....

CLARA —¿Y lo ha visto usted?

ALINA —Lo espero.

CLARA —¡Ah! (¡Esa voz!) Entónces con permiso de usted. (*Hace ademán de entrar de nuevo en la habitación de donde ha salido*).

ALINA (*como deteniéndola*)—Señora, sentiría que usted incomodase por mi á nadie.

CLARA —No señora, ¿pero recuerda usted la hora marcada por mi tío?

ALINA —Ha pasado ya.

CLARA —¡Estraño!

ALINA —Además, el asunto por que tenía que hablar con el señor de Morales, no era, ni tan urgente, ni tan interesante.... así es que con permiso de usted, me retiro.

CLARA —(Yo conozco esa voz, y aun algo del semblante) (*con curiosidad*) ¿La señora es extranjera?

- ALINA — Si señora.
- CLARA — ¿Desearía que le comunicára algo á mi tío?
Me sería muy grato poderla servir..... En todo caso mañana.....
- ALINA — Imposible..... mañana parto. ¡Qué efecto me hace esta mujer!
- CLARA — ¡Ah! Yo creo haber visto á la señora en alguna parte...
- ALINA (*sonriendo*) — Es posible.
- CLARA — El velo que cubre su rostro me impide ratificar esta creencia.
- ALINA — ¡Oh! señora. ¡Yo no me oculto! (*se alza el velo*).
- CLARA — ¡Cómo! ¿No es usted?... Sí, sí, eso es, ó por lo menos se le parece usted mucho..... pero..... mi tío..... ¿No es usted la “prima-donna” de la ópera?
- ALINA — La misma.
- CLARA — Y dice usted que mi tío.....
- ALINA — Si señora..... Era cuestion..... de un acto de beneficencia.....
Dios mio..... al partir quería dejar un recuerdo á alguna institucion de caridad..... y el señor de Caen, un amigo mio antiguo, me indicó á su tío de usted..... éste entonces me hizo dar cita para esta casa..... y..... pero yo abuso de su paciencia de usted..... Adios, señorita..... adios
- CLARA — Señora..... siento en el alma. Se lo diré, no obstante, á mi tío, el cual no se consolará al saberlo.

- ALINA — Gracias señorita.... ó señora....
- CLARA (*riendo*)—Desde hace un mes soy casada.
- ALINA —¡Ah! Mis felicitaciones, entonces, y mis augurios, augurios fáciles de hacer, cuando se trata de una persona verdaderamente adorable.
- CLARA (*riendo con candor*)—Tal vez porque adora.
- ALINA —Señora, permita usted á una mujer.... sin hogar, que, encontrándose de improviso en medio de uno que se forma al calor de tan apasionados sentimientos, detenga un momento su paso para saturarse en un ambiente ya por ella olvidado.
- CLARA —¡Señora!....
- ALINA —Hacen bien al alma estos entusiasmos juveniles.... ¡Feliz usted!
- CLARA —Señora, amo y soy amada.
Pero usted no tiene porque envidiarme.
Usted con su telento, con su arte, reina sobre el entusiasmo y el amor universal; yo no aspiro mas que un pequeño dominio en el corazon de mi marido.
- ALINA —¿Le ama usted mucho?.... perdone usted esta pregunta indiscreta y tal vez injustificada.... pero como lo ha dicho usted, soy artista, sin olvidar que soy mujer....
- CLARA —Señora, agradezco su pregunta porque me dá motivo para repetir en alta voz lo que constantemente murmura mi corazon. Adoro á mi marido y si ese amor me faltára, siento que moriria.

ALINA —(¡Pobre triatura!)

CLARA —¿Es usted tambien casada, señora?

ALINA —¿Yo?.... ¡Jesús!.... ¿Yo?.... Nosotras las artistas, señora, somos difíciles para el matrimonio, escarmentadas por Otelo que nos ahoga inocentes, ó por Fausto que nos abandona engañadas.

CLARA —Pero tienen ustedes un vengador,

ALINA —¿Cuál?

CLARA —El público que acompaña sus dolores y su muerte con gritos de admiracion, flores y hasta lágrimas.... Usted me ha hecho llorar, señora.

ALINA —¿Yo?

CLARA —Sí, la última noche, en *Gioconda*.

ALINA —¡Ah!

CLARA —Yo no sé.... nunca he sentido lo que esa noche.

ALINA —Predisposicion del ánimo.

CLARA —Tal vez.... Pero su voz de usted, su accion, su rostro.... Tenia deseos de gritar ¡bravo!

ALINA —(entusiasmada y cariñosa tomándole las manos.) ¡Niña!... usted perdone; señora... (como despertando de un sueño) ¡Ah! he abusado demasiado de su bondad.... Me ha hecho usted mucho bien.... No lo esperaba al venir....

CLARA —¿Se vá usted? ¿No espera usted á mi tío?

ALINA —No; es tarde. Además, usted será mi buena y

graciosa mensajera. Le dirá usted que he sido puntual á su cita ¿verdad?

CLARA —No lo dude usted, señora... El va á sentir...
(se dirige á la chimenea y toma una de las flores que ha colocado delante del retrato.)

ALINA —(Qué simpática es y qué angelical parece).

CLARA —Entre tanto, y como una admiradora que no ha podido demostrar á usted directamente su entusiasmo, me permitirá ofrecerle una de las flores que había dedicado á la memoria de mi difunto padre, como recuerdo de su última noche en Buenos Aires.

ALINA —¡Señora!..... Yo..... no..... (¿Porqué me commueve así esta criatura?)

CLARA —Es un pobre don, lo sé, pero para mí tiene gran valía.

ALINA —¡Oh! ¡Dios mio!.... Lo acepto, lo acepto..... (me ha vencido).

Adios señorita.... adios, sea usted feliz.... Yo soy una pobre bohemia condenada á girar eternamente por la tierra..... Esta flor vale más de lo que usted piensa..... Hubo un tiempo en que pude ser más digna de ella..... (Me ahogo).

¡Adios! (Luis, Luis, este ángel te salvará).
Clara la acompaña lentamente hasta la puerta del foro saludándola con emocion.

(Telon).

ACTO CUARTO

Salon de recibo en casa de la señora de Morales.

Al fondo una chimenea con cristal sin azogue, trás el cual se vé un vestibulo con plantas, estátuas, y una gran lámpara que cuelga del techo.

A los lados dos puertas tambien de grandes cristales y *portiers*, recogidos elegantemente.

A la derecha del espectador una gran portada que se supone dá acceso al cemedor. A ambos lados de esta portada dos tìbores con plantas exóticas.

A la izquierda dos puertas de habitaciones interiores, en medio de ellas una consola con espejo.

En el ángulo derecho y en posicion diagonal un piano colocado de espaldas al espectador y cubierto por una elegante tapicería recojida artísticamente.

En el centro una gran mesa redonda con lujosa carpeta que cae hasta la alfombra, encima de ella una lámpara con pantalla-sombrilla de encajes y plumas, libros ricamente encuadernados, álbums y periódicos ilustrados.

Hácia la derecha un diván, pufs y sillones.

A la izquierda una mesita de juego.

Cuadros, objetos de arte, etc.

ESCENA I

Luis en el diván, con traje de casa, muy pálido y demacrado y con el brazo derecho en cabrestillo.—Clara en un taburete muy bajo sentada casi á sus piés, lee los periódicos.

Enrique juega una partida de cartas con doña Carlota.

Elena al piano.

- CLARA *(á Luis)*—¿Te encuentras bien así? ¿Quieres que te coloque otro almohadon?
- LUIS —No, querida mia, estoy bien, no te muevas; tu presencia y tu proximidad son mi mejor medicina.
- ENRIQUE *(á doña Carlota)*—Señora, no prodigue usted así los caballos, tenga usted presente que se cuentan por tres puntos en el juego..... El caballo es una carta muy importante.....
- ELENA —¡Y luego un animal tan noble! ¿No es verdad Luis?
- LUIS *(riendo)*—Así es.
- ELENA —Tu estás en deuda de gratitud con él, por lo menos.
- LUIS —¿Como así?
- ELENA —Le debes una propiedad.
- LUIS —¡Yo!
- ELENA —En este país cuando una persona recibe un golpe, se dice: “Compró terreno”.
- LUIS —¡Ay! ¡ay!..... Cara propiedad hija mia. Aquí tengo ya para cuarenta días.
- ELENA —Es decir, para treinta y cuatro, porque ya van seis desde el del accidente.
- LUIS *(con turbacion)*—¿Seis, eh?
- CLARA *(á Elena)*—Vaya, no lo incomodes. ¿Sientes mucho dolor?
- LUIS —No, no, ángel mio..... Siento tan solo no poder te abrazar.
- ENRIQUE —Pero ¿cómo fué eso qué no me lo he explicado todavía?

CARLOTA —Mire usted que le como el as.

ENRIQUE —Coma usted no más señora, pero cuidado con las indigestiones.

ENRIQUE —No me he explicado aún cómo.... no señora, son bastos....

CARLOTA —¡Ah! Siempre confundo....

ENRIQUE —¡Cómo!.... Despacio, despacio, esa basa es mía.

LUIS —Pero hombre, la cosa más simple; uno se confía en un caballo que le dicen que es un cordero, lleva las riendas abandonadas sobre el cuello del animal mientras se trata de encender un cigarrillo y se oye la conversación de un hablador como de Caen....

CLARA —Siempre de Caen.

LUIS —Derrepente ¡plum! ¡Ay! ¡ay! (*cogiéndose el brazo con la mano izquierda*) Una espantada de costado, yo en tierra y mi brazo roto, ¡ay!

CLARA —No hagas movimientos. Y usted juegue tranquilo.

ENRIQUE —¡Diablo! Todo eso está muy bien para un parisiense, pero para un criollo.... Señora es mia, es mia..., ¡Victoria! ¡victoria!.....

CARLOTA —¡Cómo! Vamos por partes.

ENRIQUE —No hay vuelta que darle; es mia. Ciento veinte son los puntos, y yo tengo sesenta y ocho....

(á Elena)—¿No le decía á usted? ¡Salude usted al vencedor!

ELENA —¿Quiere usted que le toque un himno triunfal? ¡Pues allá vá! (*Toca en el piano el "a-rró-rró". Todos rien*)

CARLOTA —Vá loquilla, no nos aturdas con esas pampinas.

ENRIQUE —La revancha.

CARLOTA —No, no juego más con usted (*se levanta*).

Estos mocitos del día no tienen ni la intuición de la galantería. (*Enrique lia un cigarrillo*).

En mis tiempos así se hubiera guardado un caballero de ganarme el juego, como de fumar en mi presencia.... (*Tira Enrique precipitadamente el cigarrillo. Doña Carlota se acerca al grupo de Luis y Clara; Enrique vá hácia el piano donde está Elena.*)

Vamos á ver, como vá mi convaleciente. ¡Ah! vamos bien.... buen semblante.... Mira, cualquiera diría que ha rufido más el pobre Pedro. ¡Qué contrariado estaba! porque al fin él fué el que te invitó al paseo aquel matinal.... ¿Y qué me dices de la determinación rápida é impensada de irse á Europa.... ¡A buen tiempo! Si fuera un muchacho, vamos; pero irse ahora á su edad para andar estorbando en los boulevares....

CLARA —Rarezas de tío..... Luego pensándolo bien, yo me alegro que se vaya. De poco tiempo á esta parte ha experimentado un cambio tan grande en su carácter. ¿Has notado? (*á Luis*).

LUIS —¡Yo! Sí..... sí..... me parece..... Dime: ¿No ha venido carta alguna para mí?

CLARA —Nó.

LUIS —¿Pero á que hora llega la correspondencia?

CLARA —¿De Europa? Segun..... no tiene hora fija. ¿Esperabas algo?

LUIS —Siempre se espera.....
¿Qué vapor llega hoy?

CLARA —El *Aquila*.

LUIS —¿Toca en Rio de Janeiro?

CLARA —Sí, (*emocion de Luis*).

ENRIQUE (*desde el piano*)—¡Ah! entonces la correspondencia no la recibirán hasta dentro de algunos dias.

LUIS —¿Sí? (*con animacion*).

ENRIQUE —Amigo mio. ¿No recuerda usted la cuarentena?

ELENA —Esa la debia hacer usted.

LUIS —En la Legacion deben saber algo. ¿No ha venido de Caen?

ELENA —Pasó esta mañana y dejó dicho que volveria á la hora del té.

LUIS —¡Ah! pues no debe de tardar.... ¡Ay! ¡ay! sácame el reloj, de ahí.... eso es....

(Al sacar el reloj cae un sobre en blanco que semejará una su carta abierta. Luis hace un movimiento para recogerlo, pero Clara lo toma y sonriendo dice:)

CLARA —¿Alguna carta amorosa?

LUIS —Puedes verlo.

CLARA —No.... ya sabes que no soy curiosa.

LUIS —Abrelo.

CLARA —*(Abriendo el sobre que tendrá adentro la flor que le dió Clara en el tercer acto. Muy visible para el público).*

¡Ah! ¡la flor! ¡Pobre Luis mio!

LUIS —Pónla ahí dentro y luego aquí. Eso es... pero mira el reloj.... ¿Qué hora es?

CLARA —Las cuatro y cuarto, *(se oye una campañilla dentro).*

CARLOTA —Tal vez será él.

ELENA —Veamos....

UNCRIADO--El señor de Caen.

ELENA —¡Aparicion mágica!

Recibámoslo dignamente. Enrique presente usted el baston; yo soy la banda de música.

ESCENA II

DICHOS Y DE CAEN

Entra de Caen, Elena toca la Marsellesa—Luis y de Caen se echan á reir.

D^a CARLOTA (*aflijida*)—¡Niña! ¡niña! ¡por piedad!... ¡No ves que son nobles! (*grandes risas de todos*).

DE CAEN—Señores.... Gracias, gracias señorita.... (*á Enrique*) Puede retirarse el ejército. ¿Y cómo va el brazo?

LUIS —Bien. Siéntate.

DE CAEN—¿Tienes fiebre?

LUIS —He tenido....

CLARA —Es un gran aprensivo.... No quiere probar bocado y duerme como un pájaro.

Te voy á preparar algo por mi mano, pero con la condicion de que lo has de tomar ¿verdad?

EL CRIADO—El té está servido.

CLARA —Señor de Caen, ¿quiere usted pasar al comedor?

DE CAEN—¡Oh! señora. Agradezco á usted su amabilidad, pero, acabo de tomarlo en casa de mi ministro....

CARLOTA —Está bien. Nos perdonará usted entónces....

LUIS —Sí, vayan.... vayan.... de Caen queda conmigo.

CLARA (*á Luis*)—Te voy á hacer algo que te gusta mucho....

Señor de Caen se lo recomiendo. Usted me parece un buen enfermero.

ELENA (*á Enrique*)—Vamos, dé usted el brazo á mamá.... No aprenderá usted jamás modales.

ENRIQUE —¡Si usted me entontece!

ELENA —Pues estaríamos lucidos si eso fuera cierto, con la predisposición que usted tiene...
CLARA (á Luis)—No te muevas.... vuelvo pronto.
ELENA —Hasta un momento.

(Vánse).

ESCENA III

LUIS Y DE CAEN

LUIS —Y bien ¿que hay? ¿Has averiguado algo? No sabes las angustias tremendas porque paso....

DE CAEN— ¡Cálmate!

LUIS —Pero ¿cómo calmarme si en estos momentos veo suspendido sobre mi cabeza un rayo pronto á fulminarme?....

DE CAEN—¿Quién sabe? Ya ves como la providencia te favoreció evitando por tu accidente de la mañana aquella fatal, que se consumase el duelo que tanto te repugnaba.

El mismo D. Pedro propuso salir á caballo para el sitio elegido, como medio de alejar sospechas y poder introducirnos por callejuelas y senderos poco frecuentados.

Caiste, te rompiste el brazo, y todo quedó aplazado....

Quien sabe si ahora....

LUIS —Pues ahora siento....

DE CAEN—Siempre el egoismo. Lo extraño es que el pliego que contenia las condiciones á que se referia la carta de Alina que me dió D. Pedro para que te mostrase, no haya llegado á tu mano.

LUIS —Se habrá extraviado y hé ahí otro peligro.... Luego habria sido lo mismo, aunque la hubiese recibido. No le habría contestado nada.

DE CAEN—¡Vaya un empecinamiento! Tu no quieres convenir en que esa mujer tiene derecho para obrar enérgica y violentamente contra tí.

LUIS —No discutamos eso, —querido Federico.... Además ya no hay tiempo para inútiles discusiones. Recuerda que estamos hoy á 21 de Agosto.... que es la fecha....

DE CAEN —Pues mira, yo no sé porqué, pero no temo....

LUIS —¡Tu no temes! ¡no temes! ¡Ah! ¡cuan cruel es decirme en estos momentos!

¿Haz reparado al entrar en el cuadro de felicidad doméstica de que estaba rodeado?

Yo, reposando en este divan. Mi ángel tutelar ahí en el sitio que yo debia ocupar eternamente á sus piés.

Mi buena madre, porque me es dulce darle ese título, allí, discutiendo humoris-

ticamente con ese excelente aunque atolondrado muchacho que entre poco vendrá á ser un hijo verdadero de la casa.

Elena, la égloga sonriente y ática de este hogar, allí, con su música, sus risas y sus malicias infantiles..... Y yo me decía: Todo esto es una vision, un sueño, un mirage..... Yo quisiera perpetuar este cuadro, fijar esta hora, eternizar este momento, y una risa sarcástica zumbaba en mi oído, y una voz que no se si viene del cielo, surge del averno, ó brota de mi conciencia, me murmuraba: “Despídete de “todo esto! ¡Dile adios á esta ventura, última pesadilla de los condenados... estás perdido para siempre.... eres criminal, tienes “la cabeza en el tajo... allí hay un dedo “justiciero que apreta el resorte.... ¡todo se “ha consumado!”

¡Oh! (*vá á tomarse la cabeza con las manos y experimenta un dolor agudo en el brazo herido*).

¡Ay! (*se deja caer en el diván*).

DE CAEN—¡Todo se ha consumado! Hé ahí el sálvese quien pueda de los cobardes, cuando tienen miedo de seguir haciendo frente al enemigo, y por ruindad de espíritu abandonan el campo en que tal vez podrían haber obtenido una victoria.

Luis — ¿Y qué harías tú en mi lugar, tu que me aconsejas con tanta frialdad desde afuera?

DE CAEN — En primer lugar, ya que habia tenido el coraje de colocarme en la situacion en que tú te has colocado, alzaría la cabeza y asumiria mi papel en las condiciones verdaderas en que mi criterio y mi conciencia me la demarcasen.

Tu no has obrado de la manera que lo has hecho, por explotacion ni malicia ¿no es cierto? (*Luis afirma*).

Haz cometido un error, un crimen social, si tu quieres muy reprochable y muy punible; pero ese crimen, descendiendo al fondo verdadero de las cosas, no se halla caracterizado por esas circunstancias repugnantes que nacen de la premeditacion, del cálculo, del plan friamente preconcebido, que se estudia y se sazona para llevar á cabo un acto groseramente torpe, bajo, y despreciable.

Bien, pues, ponte en lo cierto, en lo verdadero.

Has sido débil, irreflexivo, ligero, culpable, muy culpable, pero todo esto ha tenido por móvil un sentimiento noble y vehemente: el amor.

¿Porqué amilanarte, empequeñecerte, rebajarte hasta el nivel del criminal vulgar

y grosero que siente en su conciencia la acusacion tremenda de un crimen villano y asqueroso?

Confiesa tu falta, llórala, arrepíentete de tu debilidad, pero al mismo tiempo muestra el lado noble de ella. La pasion que te encegució, el delirio de amor que se sobrepuso á todo para ejercer su imperio soberano sobre todo tu sér.

LUIS —¿Y si ella en su dolor no comprende nada de esto? ¿Y si me acusa? ¿Y si me olvida? ¿Y si me desprecia?

DE CAEN—Eso no será jamás. Posible es que en el primer momento el golpe sea tremendo; pero si lo resiste, la reaccion no te puede ser sino favorable.

LUIS —¡Ah Federico! ¡Federico! ¡Cómo es fácil decir todas esas cosas, cuando no se siente de inmediato, terrible y violento el aprémio de hechos y circunstancias tan horribles como las que gravitan sobre mi alma!

¡Ah!.... yo no sé como no me he vuelto ya loco! ¿Por qué Dios me negará esta última piedad?

Cada golpe de campanilla que siento, me hace estremecer hasta la médula de los huesos, suponiendo que llega el pliego fatal en que esa mujer ha dejado consignada su venganza.

¿Qué debo hacer?

¿Debo adelantarme y provocar yo mismo una explicacion que precipite el cataclismo?

¿Debo callar y someterme ciegamente á lo que me depare la inflexible sentencia del destino?

Todas son víctimas, todos son acusadores, todos son jueces alrededor mio.... Hasta tú....

DE CAEN—¡Luis!

LUIS —Si hasta tú en cuyas observaciones encuentro siempre el tono severo y la palabra dura del reproche.

¡Ah! Esta situacion no la puedo tolerar por más tiempo.... Pero aconséjame, aconséjame tú.... ¡Frio, indiferente ó severo!

¿No ves que el criminal como yo es un enfermo que necesita atenciones y cuidados, en vez de severidades y malos tratos?....

¡Federico! ¡Federico!.... ¡Tu ya no te acuerdas de mí!

Soy tu amigo de infancia, tu compañero de colegio, tu inseparable de aquellos hermosos dias en que con el alma inmaculada y el espíritu tranquilo y sonriente, atravesábamos con luz de alborada, los risueños prados de la adolescencia!

DE CAEN -Pero si te aconsejo y tu te revelas contra mis consejos.

LUIS — Porque son duros, tremendos, inhumanos....

DE CAEN — Porque no hay otros que pueda darte un hombre de honor.

¿Qué esperas? ¿Qué venga la terrible revelacion de afuera, del enemigo, y sin preparacion ni explicaciones, sin la influencia ni la espresion que prestigia una confesion sincera pronunciada por lábios queridos, anonade á esos séres ingénuos y confiados colocándote á tí en condiciones más tremendas de las que en verdad caracterizan tu falta; en la condicion del criminal vulgar y soéz que procede con premeditacion, actúa con alevosía, y persiste en su crimen con ensañamiento?

Vamos, Luis, recobra tu dignidad y tu entereza siquiera en la hora del sacrificio. Los reos más vulgares se esfuerzan por sobreponerse á su terror, al espanto que en las almas más fuertes produce el convencimiento de una muerte próxima y fatal, para demostrar á los que los observan, que si han sabido matar, saben tambien morir.

¿Tú serás menos que ellos?

LUIS — Es que no soy yo, es ella la que....

DE CAEN — Razon de más; evítale por lo menos el horror de una revelacion cruel y traicionera.

LUIS — No sé qué hacer!... Mi conciencia me dice

que tienes razon, pero mi sentimiento se subleva y lleno de angustia y desesperacion, abraza, liga y sofoca á mi voluntad.... ¡Me vuelvo loco!.. Yo, atraerla junto á mí, como si la invitára á uno de esos tiernos coloquios en que se extasian dos almas enamoradas... y en vez de susurrarle esas dulces palabras que aletean como mariposas en el oido de la mujer amada, destilarle sílaba por sílaba, como las gotas de un veneno abrasador y violento, la confesion de mi crimen, el atentado á su castidad, el engaño á su credulidad, el ultraje á su fé, todo ese cúmulo de escarnio, de burla, de irrisión, de vergüenza y de deshonor con que he enlodado su alma de arminio! ¡Oh! no.... no.... Y sin embargo, sí, lo sé, es el único camino.... peor es lo otro....

¡Si pudiera saber por donde viene ese pliego é impedir que llegára á sus manos!.. Pero sé que es envano..... Conozco á Aliana, y sé cuantas precauciones habrá tomado para asegurar el éxito y la puntualidad de su venganza.....

Si yo..... ¡ah! ¡qué idea!.... eso es..... preparar el camino por lo menos.... ¿qué piensas tú?

DE CAEN—¿De qué?

LUIS —¡Ah! ¿No te lo he dicho? Tienes razon.... Escribirle yo á mi vez.... Escribirle de una manera hábil y delicada..... Sin descubrirle todo, dejarle entreveer algo y provocar por este medio una confidencia.... y luego.... si.... si.... no hay otro medio..... Pero ¡ay! este brazo..... Tú caro Federico, tu me servirás de amanuense. Ven, ven, yo te dictaré ¿verdad?... Si... si... vamos; pero pronto, pronto..... vamos.

(Vánse).

ESCENA IV

DON PEDRO Y UN CRIADO

EL CRIADO (*tomando el sombrero y el baston de D. Pedro*)—Hace un momento que pasaron al comedor, en donde toman el té.

D. PED.—¿No ha venido nadie?

EL CRIADO--Don Enrique y el señor de Caen.

D. PED.—¿Han recibido la correspondencia?

EL CRIADO--Sí señor.

D. PED.—¡Cómo!

EL CRIADO--Una carta de la estancia, segun creo, y los periódicos ilustrados.

D. PED.—¡Ah! Está bien.... véte. ¡Ah! oye.... oye....
¿Don Luis está con las señoras?

EL CRIADO--No señor.

D. PED.—¡Cómo! ¿Ha salido ya?

EL CRIADO--No señor. Creo que está con el señor de Caén en sus habitaciones.

D. PED.—¡Ah! Con el señor de Caén..... Bueno.

EL CRIADO--¿Debo anunciar al señor?

D. PED.—Nó.

EL CRIADO--¿Necesita algo el señor?

D. PED.—Nó.... déjame.

(El criado se inclina y váse).

ESCENA V

DON PEDRO SOLO

D. PED.—Es cosa decidida: debo partir y cuanto más pronto mejor.

Cuanto más lo pienso, más me convenzo de que la providencia se demuestra en ciertas ocasiones de una manera tan evidente, tan ostensible, que seria locura dudar de ella.

El accidente acaecido á Luis el dia en que yo obsecado queria á todo trance provocar el escándalo por medio de un duelo, ha sido para mi una verdadera leccion.

Reflexionándolo bien, mi conducta posterior es, sino la verdaderamente correcta por lo menos la práctica en este siglo.....

Estraño, no obstante, que la tal Cassiani no haya contestado á mi telegramá.

Lo que no hay duda es que lo ha recibido, y que concebido en los términos en que se lo expedí, debe haber causado su efecto.

La prueba es que ya son las cinco de la tarde del dia 21 de Agosto, término fatál para producirse el gran golpe, y que aun reina la paz en esta casa.

¡Quién me hubiera dicho, sin embargo, que á mi edad y despues de una existencia sin mas nublados que los producidos por nuestras desgracias íntimas, de familia, me habia de ver metido en medio á una comédia de esta clase, teniendo que abdicar de mis ideas y convicciones, y entrar, tambien, como uno de tantos, por el áro del convencionalismo!

Este es un sacrificio que jamás me lo sabrán pagar, ni con todo el cariño que me profesan, esas pobres mujeres, que, cuando han pronunciado la gran palabra amor, y se han puesto cómicamente la mano sobre el corazon, creen que ya está todo disculpado, arreglado y correcto.

Pero es que estamos en tiempos muy diversos á los en que yo me crié y eduqué, y los sacrificios á lo Guzman el Bueno que eran nuestro ideal romántico, ya son simplemente salvajismos en la época presente.

Tengo que acomodarme á presentarme de embajador cerca de una loca, convenir proposiciones y bases de un arreglo, y luego trasladarme á Europa para ver modo de dar un corte á esta cuestion, de modo que no sufra el buen nombre, la delicadeza, ó la tranquilidad de esos séres indefensos.

Como saldrá todo esto, solo Dios puede saberlo.

He hecho labrar el poder que esa buena pieza del francés tendrá que firmarme, y allá veremos.

ESCENA VI

DON PEDRO, DOÑA CARLOTA, ELENA Y ENRIQUE

ENRIQUE (*á doña Carlota*)—Está bien, diga usted lo que quiera, señora, pero le prevengo á usted que no me convencerá. El nombre, la familia, los antecedentes aristocráticos ó nobiliarios, todo eso estará muy bien, pero maldito lo que valen cuando el que la casualidad ó las circunstancias han favorecido con ellos, es un pillastre vulgar, lleno de vicios y de malas mañas.

CARLOTA —Es que el que es noble de sangre, es muy difícil que no lo sea también en su mo-

do de obrar.... ¡Ah! ¿pero aquí habias estado tú? (*por Don Pedro*) ¿De dónde sales que hace dos ó tres dias no se te vé la cara?

D. PED.—Haciendo los baules.

ELENA —¿Es cierto tio qué parte usted?

D. PED.—Ciertísimo.

ELENA —¡Ah! Lléveme usted, lléveme usted tio....

CARLOTA —¡Elena!

ELENA —¡Daria cualquier cosa por hacer un viajecito á Europa....

(*A Enrique*)—Lo regalaría á usted en cambio.

ENRIQUE —¡Muy bien!

ELENA —Lo digo para demostrarle hasta que punto seria capaz de hacer un sacrificio.

ENRIQUE (*ap.*)—(¡Coqueta!)

ELENA (*ap.*)—(¡Monono!...)

CARLOTA —¿Pero es cierto eso? ¿Y de dónde haz salido con esa viaraza de viajar?

D. PED.—Ahí verás.... Para decirte la verdad, me aburro aquí y creo que mi carácter se ha agriado de tal modo que causo fastidio á todo el mundo.

CARLOTA —¡Hermano, por Dios!

ELENA —¡Tio!

D. PED.—Sí, sí, se lo que me van á decir y se los agradezco en el alma. Serán chochees, pero... Además, no dejo de tener mi cu-

riosidad..... Tu yerno tiene mucha parte en esto.

CARLOTA —¡Cómo!

D. PED.—Si, pues; nos ha descrito con tal brillo y verdad la vida de aquellos grandes pueblos, que me ha entrado el escosor de conocerlos antes de morir.

ENRIQUE —Vaya, vamos, todavía vivirá usted muchos años, señor don Pedro.

D. PED.—¡Adulón!... Será una peana menos que tenga usted que besar para estar en buen predicamento con esta santa. (*por Elena*) Pero ¿y Clara?

ESCENA VII

DICHOS Y CLARA, (*que al salir con una taza en la mano, oye las últimas palabras de don Pedro, y exclama alegremente:*)

CLARA —¡Aquí estoy! ¡aquí estoy! tío!... Sonsacador de gentes para luego hacerlas estropear.... Tengo que ajustarle á usted las cuentas....

ELENA —Se vá.

CLARA —¡Cómo! ¿Es cierto?

D. PED.—Sí hija mia.... Si es posible, esta misma noche voy á dormir á bordo.

CLARA —¡Tío! ¿Y nos abandona usted así?

D. PED.—¿Cómo abandona? —á tí sobre todo que ya tienes....

CLARA —Sí. . . . pero, digo . . .

Siquiera hubiera usted esperado un año; lo habríamos acompañado nosotros.

D. PED.—Es que los viejos tenemos prisa. Un año. . . . un año para ustedes es un día, pues tienen muchos por delante, pero para mí que ya he dejado atrás tres cuartas partes de los que componen un siglo, decir un año mas, es decir una vida.

CLARO —Pues esa vida nos la debe usted á nosotros, á nuestro cariño.

D. PED.—Va, va, va, ogoistilla; yo tambien como ustedes las mujeres, quiero poner en esta postdata algo de lo mas interesante de mi existencia, igual y prosaica.

No hablemos mas de eso, es cuestion decidida.

CLARA —Nos resignaremos.

ENRIQUE (*á Clara, ap.*)—(Que cambiado está.)

CLARA (*ap.*)—(Es que el pobre es bueno y en estos momentos que se encuentra próximo á dejarnos, se enternece y. . . .)

D. PED.—Véamos niñas, donde está la lista de sus encargos, porque voy “á la capital del mundo civilizado” como dice tu marido.

CLARA —¡Ah! á propósito de mi marido, voy á llevarle esto y....

ELENA —Evitate el viaje porque ahí viene con su inseparable.

ESCENA VIII

DICHOS, LUIS Y DE CAEN (*derecha primer término*)

LUIS (*á de Caen*)--(¿Haz entendido? Si llega, te adelántas y se lo entrégas; sinó, lo guardas y lo rómpes,) (*le dá un pliego igual al que ha sacado con la flor*).

DE CAEN—(Convenido,) (*Luis se vuelve y saluda á Don Pedro con la cabeza*).

LUIS —Caballero.

D. PED.—Caballero.

CLARA (*á Luis*)—¡Cómo! ¿le guardas rencor por la caída?

LUIS (*á Clara*)—¡Yo! Nó....

DE CAEN—Señor Don Pedro, ¿es verdad qué usted parte? (*habla bajo con Don Pedro*).

CLARA (*á Luis*)—Te he preparado esto para tí....

LUIS (*á Clara*)—¿Qué es?

CLARA (*á Luis*)—Tómalo y luego me dirás.

LUIS (*á Clara*)—Por complacerte, pues no tengo disposicion.

DE CAEN (*á Don Pedro*)—¡Dichoso usted, amigo mio!

ELENA —¡No me quiere llevar! (*campanilla dentro*).

DE CAEN—Luis—Don Pedro—¡Eh!.... (*gran emocion*).

UN CRIADO (*con un telegrama*)—De casa del señor (*por Don Pedro*) traen este despacho urgente.

D. PED.—¡A ver!

(Emocion de Luis y de Caen, este último se acerca á Clara llevando en la mano el pliego que le habado Luis.)

D. PED. (ap.)—¡Devuelto!

LUIS y de Caen - ¿Qué?

D. PED.—Nada, un asunto.... negocios....

LUIS y de Caen—¡Ah!

ELENA (á Enrique)—(¿Pero ha visto usted cómo están nerviosos los nobles, cómo dice mamá?)

ENRIQUE (á Elena)—(Yo no veo más que á usted, ¡cruel!)

ELENA (á Enrique)—¡Ay! que frase tan de novela de Montepin!

D. PED. (ap.)—¡Devuelto! ¡Diablo! ¿qué será esto?)

CLARA (á Luis)—¿No tomas más?

LUIS (á Clara)—Perdóname, no me siento bien.

ELENA (á Luis)—En efecto, estás pálido. ¿Quieres acostarte?

LUIS (á Clara)—Nó, nó....

CLARA (á Luis)—Bueno, pero ya sabes lo que que ha mandado el médico.... Mucho método, reposo, tranquilidad....

LUIS (á Clara)—Sí, sí.... lo sé.

D^a CARL.—¿Y en qué vapor partes, Pedro?

D. PED.—En el Humberto.

CARLOTA —Directamente, por supuesto.

D. PED.—Nó, toca en Rio de Janeiro.

CARLOTA —¡Jesús!

ENRIQUE —Pues ya tendrá usted que hacer cuaren-

tena en Génova. Señor Don Pedro, aquello está malo.

D. PED.—Sí, lo sé.

CARLOTA —Pero éste no bajará.

D. PED.—Te engañas, bajaré.

CARLOTA —¡Qué imprudencia!

CLARA —¡Tío, por Dios! ¡No haga usted tal cosa!
¿No ha visto usted los telegramas? Son terribles este año los estragos de la fiebre amarilla.

ENRIQUE —Y parece que ya no respeta clases.

CLARA —Una familia entera en un día.

D. PED.—Sí, sí, lo sé, pero yo no tengo miedo. Los viejos somos inmunes, y yo despues de haber salvado de ciertos ataques de bilis, de los que con asombro me voy curando, creo que ya soy inmortal. Además, tengo allí algun asunto urgente... (*ap.*) ¡Devuelto! ¡es extraño!

CARLOTA —Pues hijo, no te alabo el gusto, y no te digo una palabra más, porque sé que eres testarudo, pero.... (*campanilla dentro*).

(*Al presentarse el criado, Luis y de Caen se lanzan á su encuentro*).

LUIS —¿Qué hay?

DE CAEN —¿Traes algo?

CLARA (*ap.*)—(¿Pero qué tienen?)

EL CRIADO—Un escribano.....

Todos —¡Un escribano!

EL CRIADO--Un escribano que busca al señor Don Pedro.

D. PED.—¡Ah! sí... Perdona, Carlota, pero como en estos momentos no tengo más casa que el buque, he tomado la tuya por asalto para arreglar mis últimos asuntos.

CARLOTA —¡Hermano! ¡por Dios! ¡qué ocurrencias tienes! ¿No sabes que esta casa siempre ha sido la tuya?

D. PED. (*al criado*)—Haz entrar á ese señor. (*á Doña Carlota*) ¿Me permites?.....

CARLOTA —Figúrate.

D. PED.—Nó, mira, dile que entre al saloncito de espera, y lleva allí recado de escribir, (*vá-se el criado*).

(*á Luis*)—Señor don Luis.... Se trata del poder que usted debe acordarme para jestionar en su país aquello.....

LUIS —¡Ah! ¿Y está especificado?

D. PED.—Nó.... nó. Es puramente un poder general, amplisísimo, para todo.... Veremos si cuela y con él, aunque lo dudo mucho, se puede arreglar...

¿Quiere usted firmarlo?

LUIS (*riendo*)—Con la mano izquierda.

D. PED.—Pues con esa. Usted que segun tengo entendido es ambidestro... (*en la esgrima, se entiende*), sabe perfectamente cuanto se puede hacer con la siniestra, cuando es imposible ejecutar con la diestra.

LUIS —(¿Qué humillacion!)

D. PED.—Señor de Caen, Enrique, ¿quieren ustedes servirnos de testigos? Es una verdadera obra de caridad.

DE CAEN—Con muchísimo gusto. (*Enrique se inclina.*)

D. PED.—Pues vamos.

DE CAEN—Vamos.—(*Vánse.*)

ESCENA IX

CLARA, DOÑA CARLOTA, ELENA

CARLOTA —¿Qué tienes? (*á Clara que se habrá dejado caer en un sillón.*)

CLARA —Yo no sé.... siento una angustia!.... Hay algo de tan extraño en torno nuestro.

CARLOTA —¿Qué dices!

CLARA —¿Pero es verdad que ustedes no notan nada?... ¿No ven ese aire ceremonioso y hasta sarcástico de mi tío cuando se refiere ó se dirige á Luis? ¿No lo ven á éste, emocionado, nervioso, inquieto? ¿No ven al señor de Caen solemne y pensativo?... ¡Ah! ¿es necesario amar y amar como yo amo á mi marido, para ver todas estas cosas; para adivinar las impresiones recónditas del espíritu y oír á la distancia los golpes violentos que imprimen circunstancias de ánimo excepcionales al corazón de la persona amada?

CARLOTA — ¡Bah!.... tú deliras, Clara!

El matrimonio que siempre contribuye á calmar los nervios en las mujeres, veo que á tí te los exalta de una manera....

CLARA — Nó mamá; no es el producto de una exaltacion nerviosa la que presta esta especie de claro-videncia á mi espíritu, para sentir que á nuestro alrededor hay algo de siniestro que amenaza nuestra paz y nuestra dicha.

CARLOTA — Pues yo, hija mia, en vano me esfuerzo por ver eso que tu dices, no veo otra cosa que hombres que tratan de sus negocios, unos porque se van, y otros porque se quedan.

Mira, Clara ¿quieres que te dé un consejo?

CLARA — Mamá....

CARLOTA — Del marido se debe de gozar como de las novelas por entregas.

Cada juéves nos traen un cuadernito; lo leemos con entusiasmo, y cuando llega el momento en que la condesa sintiendo un ruido en la puerta de su alcoba se esconde debajo de la cama.... se acaba la lectura y.... hasta el otro juéves.

Esto de leerse un libro de golpe, y no dejarlo un momento, ya sea en la cama, en el baño, en el comedor y hasta en

coche ó ferro-carril, es prosáico, cansador y enojoso, para tí, para los que te rodean y hasta creo que hasta para el mismo libro.

Luego ¿qué sucede? que leído de un tirón, lo concluyes pronto, y entónces queda ahí, abandonado, sin interés ni prestigio; viejo ya, apenas obierto y cortado por tu plica impaciente.

Tu defecto está en leer demasiado y sin descanso á tu marido.

CLARA. —Pero si yo....

CARLOTA. —Pero si tu no haces otra cosa que mirarlo.... Pareces una flor de heliotropo enamorada del sol, con la diferencia de que cuando llega la noche, la flor se repliega sobre sí misma y duerme, y tu sigues con tamaños ojazos mirando á tu Luis....

ELENA. —Tiene razon mamá. Yo, al dia siguiente de casada, (si es que me decido á hacer el inmenso honor á un mortal cualquiera de ofrecerle mi blanca mano), mando á pasear á mi marido, (en el buen sentido de la palabra, se entiende), todas las mañanas, dándole horas regimentales para que comparezca á mi presencia.

CLARA. —¡Loquilla!

CARLOTA. —¡Bah! ¡Esta sí que será feliz!

ELENA. —Porque esta es medioeval (*por Clara*), y yo soy *fin de siecle*.

CARLOTA. —Aquí están nuestros conspiradores.

ESCENA X

DICHOS Y LUIS, DON PEDRO, DE CAEN Y ENRIQUE

CARLOTA —¿Y bien?

ENRIQUE —¡Consumatum est! Dígame usted D. Pedro, usted que es medio leguleyo ¿no se podrían hacer en otra forma menos pesada, monótona, redundante y minuciosa, esos documentos?

D. PED. —Sí, el día en que se puedan hacer menos maliciosos, infidentes y pillastres á los hombres.

ENRIQUE —¡Pues vá largo!

D. PED. —De manera hermana que ya aparejado por completo, me pongo en franquía. ¿Qué horas son?

ENRIQUE —Las cinco.

LUIS —¡Yá!

D. PED. (*ap.*)—(¡Estraña tardanza!)

CLARA (*á Luis*)—¿Estás mejor?

ELENA (*á Carlota por Luis y Clara ap.*)—(Mamá; el libro).

CARLOTA —¡Ya!

D. PED. (*ap.*)—(Tengo que irme y no me atrevo sin saber....)

LUIS (*ap. á de Caen*)—(¿Tienes el pliego?)

DE CAEN (*ap. á Luis*)—(Te lo he dado á tí).

LUIS (*ap.*)—(¡Ah! sí, es verdad), (*campanilla dentro*).

 (*Nerviosamente*)—(Tóma, toma.... ¿Dónde lo he puesto? Sácamelo de aquí) (*del bolsillo interior del coin-de-feu*).

EL CRIADO--Este pliego para la señora Clara.

CLARA —¡Para mi!

 ¿Lo quieres abrir, Luis?

LUIS —Yo.... yo.... nó.

D. PED.—Lo abriré yo.... Te serviré por última vez de secretario.

DE CAEN —(*adelantándose como para impedir que don Pedro lea el pliego y ofreciendo á Clara el que ha tomado del bolsillo de Luis*)—Señora, ahora recuerdo.... tenia este otro tambien para usted que me habia sido recomendado por una persona á quien usted distingue mucho.

CLARA (*Entre sonriente y alarmada*)—¡Qué es esto! ¡Es una mistificación!

DE CAEN —Abralo usted primero que el otro, pero le ruego que lo haga á solas.

CLARA (*sorprendida*) - ¿Y por qué?

 A mi no me gustan las mistificacioues ni los tapujos.

CRIADO —Este otro telegrama acaban tambien de traer para el señor don Pedro. (*Movimiento de curiosidad*).

D. PED. (*que ha abierto el pliego y se dispone á leer*)—
 ¿A ver?

DE CAEN (*ap. á don Pedro*)—(Prudencia señor don Pedro.)

D. PED. (*ap. á de Caen*)—(Déjeme usted.)

ELENA —Esta es una escena de Campanone, todo el mundo recibe cartas.

D. PED. (*asombrado*)—¡Oh!

TODOS —¡Qué!

D. PED.—No.... no puede ser!.... ¡Cómo!.... pero entónces....

CLARA —*Que en tanto ha abierto el pliego que le ha dado de Caen.*)

¡Cómo! Luis, ¿me devuelves la flor que te di?

LUIS (*aturdido*)—¡Ah! Escusa.... es.... mira.... es....

ELENA —Pero tío, tío, por Dios, diga que encierra ese pliego fatal.

ENRIQUE —Sí, diga usted.

D. PED.—Una noticia tristísima, que alegrará á mas de uno... un accidente fatal que puede ser una verdadera providencia....

DE CAEN—Diga usted.

D. PED. (*solemnemente y conmovido*)—La señora Casiani, la prima-donna que aplaudimos pocas noches ha en la Ópera, y á quien más de uno de los presentes conoce íntimamente.... (*con intencion*).

ELENA (*á Enrique ap.*)—(Eso es por usted.)

D. PED. —Acaba de morir de un ataque fulminante de fiebre, en Rio de Janeiro.

TODOS —¡Ah!

(*Luis cae desplomado en el diván.*)

CLARA —¡Qué tienes!

LUIS —Nada.... nada.... la debilidad.... la..... ¡Clara!....
¡Clara!....

ENRIQUE —¿Pero cómo puede ser?....

D. PED.—Como son las cosas que suceden.... Pero
entonces, esto.... (*por el pliego—lo abre.*)

DE CAEN (*ap.*)—(Señor Don Pedro.) (*éste hace un movimiento de impaciencia.*)

CARLOTA —¡Que pena!

ELENA —¡Tan linda voz!

ENRIQUE —¡Y tan buena moza!

D. PED.—Clara.... Clara..... Oye lo que te dice este
papel.

DE CAEN (*á Don Pedro ap.*)—(¡Por Dios!)

D. PED. (*ap.*)—(¡Déjeme usted!) (*lee.*)

“ Señora: No esperaba al poner en manos de usted el pliego adjunto que me confió la señora Nina Cassiani para ser entregado en sus manos en el día de hoy, que tuviera que cumplir con la última voluntad de una muerta. ”

“ Un telegrama que la empresa acaba de recibir de Rio, nos anuncia la fatal nueva de la muerte de esta eximia artista, presa de un ataque fulminante de la fiebre amarilla que tantas victimas ha hecho en estos últimos tiempos entre distinguidísimos cultores del arte escénico. ”

“ Cumpro, pues, pesaroso, esta triste misión, saludándola con mi más profundo respeto. ”

Cárlo Bruni,
Secretario.

DE CAEN—¿Y el pliego?

D. PED.—El pliego contiene este billete y este papel. El billete dice:

“ Nina Cassiani, saluda desde muy lejos á la jentilísima criatura que en una noche dramática para ella, le ofrecia junto con una flor tomada del altar de sus recuerdos, el bálsamo de su bondad casta é inocente. En cambio de esa limosna de cariño de que se hallaba ávida y que no habia probado jamás, pone en sus manos esa letra que representa una modesta suma honestamente ganada con su trabajo artístico, para que, á su nombre, haga de ella donativo al establecimiento de caridad ó beneficencia que le parezca más digno de ese donativo.

Agosto 15.—(12 de la noche).“

CLARA —¡Oh! ¡Gracias! ¡gracias!.... Cumpliré tu mandato, pobre y noble mujer..... ¿No es verdad Luis que lo cumpliremos?....

¿Pero qué tienes? ¿Lloras?

¡Para los niños desvalidos! ¿verdad?

¿Quién mejor que ellos pueden rogar por una alma que abandona la tierra ofreciendo cuanto tiene de más noble, en cambio de amor y de plegarias?

ENRIQUE — ¡Ah! ¡solamente los artistas saben hacer estas cosas aun muriendo!

D. PED. (*á Luis*)— Señor don Luis....

CARLOTA — (*corrigiéndolo cariñosamente*). Sobrino.

D. PED. — Pues bien, sobrino.... No bajo más en Río... Me ha dado miedo todo esto, de manera que nuestro negocio no me atrevo á llevarlo á cabo. Devuelvo á usted el poder⁷ y, adios.

CLARA — ¿Cómo? ¿ya?

D. PED. — Sí, adios y que sean felices (*á Carlota*)—
Dáme un abrazo.

CLARA — Y á mí.

ELENA — Y á mí.

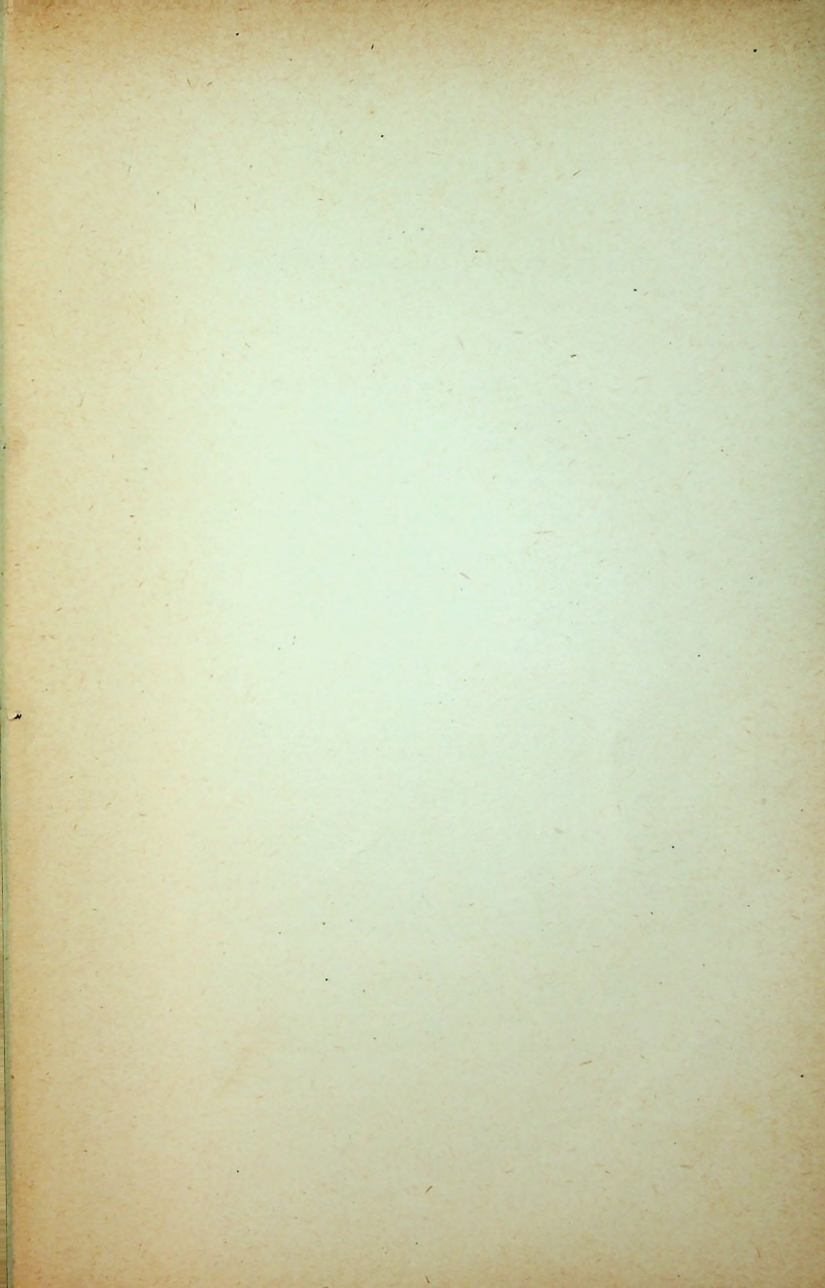
LUIS — ¿Y..... á mí?

D. PED. — Puesto que lo quiere la Providencia, sea
(*abrazo á Luis*).

CLARA — ¡Ah! ¡Gracias á Dios!

LUIS — Dáme Clara la flor de tu querido muerto, no se apartará jamás de mi corazón.

(*telón.*)



NOTA IMPORTANTE

Como gran parte del éxito del primer acto de este drama, reposa en un efecto musical que el autor ha ensayado con el mejor éxito al ser puesto en escena, en idioma italiano, por la excelente Compañía del señor Andrés Maggi en el "Nuevo Politeama" de Montevideo, cree de su deber añadir esta nota á la presente edición, á fin de que esta circunstancia sea tenida en cuenta por parte de los señores Directores de Compañías Dramáticas, en caso de que representen esta obra.

Para preparar al público, que, imaginativamente, debe ser transportado al empezar el drama, al *foyer* de un teatro en el cual concluye en ese momento el tercer acto de la ópera de Ponchielli, "Gioconda", es de necesidad imprescindible que la orquesta encargada de tocar en los intermedios — según uso de los teatros españoles y americanos — ejecute antes de alzarse el telón el célebre "baile de las horas" de esta partitura, atacando inmediatamente la fanfarria colocada entre telones, (1) y con la última *battuta*, el magnífico final instrumental del citado tercer acto, desde donde está marcado *Il Tempo -fff- largamente*, es decir, unos veinte compases antes de terminar el acto, entre cuyos acordes, que semejan venir de la fingida sala, se alza el telón, haciendo irrupción en la escena los personajes, entre exclamaciones de entusiasmo.

Al final de la última escena del mismo primer acto del drama, deben mezclarse también las armonías del preludio del cuarto de "Gioconda", simulando que empieza dentro este acto, hasta la corona ó *cadenza*. Se recomienda entonces que la música sea suave, lenta, ámplia en sus acordes, á fin de que no cubra con sus sonoridades la voz de los actores.

(1) En la representación de este drama, en el "Nuevo Politeama", fué la magnífica banda del Regimiento de Artillería de Plaza la que ejecutó, bajo la dirección de su hábil maestro el capitán don Cecilio Spinielli, los números correspondientes al juego escénico, resultando del complejo un efecto verdaderamente maravilloso.

Una orquesta con instrumentos de cuerda y madera dentro, no había obtenido los efectos de la banda.

